



ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN. AÑO 2. NÚMERO 2. FEBRERO, 2019.



FIN DEL MUNDO



EDITORIAL SOLARIS

ESPEJO HUMEANTE

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN

NÚMERO 2. FIN DEL MUNDO. FEBRERO DE 2019.

FUNDADOR

Zacarías Zurita Sepúlveda

COORDINADOR EDITORIAL

Rafael Tiburcio García

COMITÉ EDITORIAL

Miguel Angel de la Cruz Reyes, Eduardo Hennings, Felipe Huerta Hernández, Miguel Ángel Lara Reyes, Rafael Tiburcio García y Zacarías Zurita Sepúlveda.

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO

Miguel Angel de la Cruz Reyes, Felipe Huerta Hernández, Miguel Ángel Lara Reyes y Rafael Tiburcio García.

DISEÑO EDITORIAL

Rafael Tiburcio García y Zacarías Zurita Sepúlveda.

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

Ricardo Bernal (México), Luciana Elsa Bonzo Suárez (Argentina), Oswaldo Castro Alfaro (Perú), Miguel Angel de la Cruz Reyes (México), Michel Deb (Chile), Silvia Alejandra Fernandez (Argentina), José Benigno Gaona Medina (México), Juan Pablo Goñi Capurro (Argentina), Víctor Grippoli (Uruguay), Michel M. Merino (México), Víctor Andrés Parra Avellaneda (México), Krsna Sánchez Nevarez (México), Oscar Darío Sanguinetti Acosta (Venezuela), Ernesto Tancovich (Argentina), Rafael Tiburcio García (México), Breigner Steiner Torres Jiménez (Venezuela) y José Luis Zárate (México).

IMÁGENES

www.pixabay.com

PORTADA

Omar Moreno (Colombia). *Orbis Terrarum*. Técnica mixta sobre lienzo. 45 x 60 cm. 2019.

AVISO LEGAL

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos aportados, así como la titularidad de derechos de los mismos, publicados en *Espejo Humeante*, pertenece a sus respectivos autores y son libres de reproducirlas en otras publicaciones.

La responsabilidad de los contenidos y opiniones expresadas por los colaboradores en sus textos pertenece a ellos y no representan necesariamente la opinión del consejo editorial o la revista. *Espejo Humeante* no asume ninguna responsabilidad por los daños y perjuicios resultantes o que tengan conexión con el empleo de los contenidos de esta publicación.

Se permite copiar, compartir y difundir el contenido de *Espejo Humeante* siempre y cuando se mencione la fuente y el link a la publicación.

DISTRIBUCIÓN

 EDITORIAL SOLARIS

 victorgrippoli@gmail.com

 @editorial.solaris.54  @EditaSolaris

CONTACTO REVISTA

 espejohumeanterevista@gmail.com

  @EspejoHumeanteR

issuu.com/espejohumeanterevista



ÍNDICE

- 4 **UTOPIA Y APOCALIPSIS. CAPITALISMO TARDÍO Y ESCRITURAS DEL PARAÍSO RECUPERADO.** Rafael Tiburcio García
- 12 **FILM.** Ricardo Bernal (autor invitado)
- 15 **LA PRIMERA TROMPETA.** Krsna Sánchez Nevarez
- 19 **EL FIN DE EDMUNDO.** Oswaldo Castro Alfaro
- 25 **NEW MOON.** Miguel Angel de la Cruz Reyes
- 29 **EL GRAN FILTRO.** José Benigno Gaona Medina
- 35 **EL ARCA.** Michel M. Merino
- 37 **EL VENDEDOR DE ANDROIDES.** Oscar Darío Sanguinetti Acosta
- 43 **OUMUAMUA.** Breigner Steiner Torres Jiménez
- 47 **LOS HEREDEROS.** Juan Pablo Goñi Capurro
- 53 **ENSAYO COMETA.** Víctor Andrés Parra Avellaneda
- 59 **UN NUEVO INTENTO.** Víctor Grippoli
- 63 **EN PAUSA.** Ernesto Tancovich
- 69 **EL ÚLTIMO MANZANO.** Silvia Alejandra Fernandez
- 73 **UNA NUEVA ORGANIZACIÓN.** Luciana Elsa Bonzo Suárez
- 78 **LA CONCIENCIA DEL METAL.** Michel Deb (autor invitado)
- 86 **FIN DEL MUNDO. MANUAL DE USO.** José Luis Zárate (*e-book*)
- 87 **CONVOCATORIA**

UTOPIA Y APOCALIPSIS. CAPITALISMO TARDÍO Y ESCRITURAS DEL PARAÍSO RECUPERADO

RAFAEL TIBURCIO GARCÍA

*Es más fácil imaginar el fin del mundo
que el final del capitalismo*

FREDERICK JAMESON

EL PROBLEMA CON las distopías es que perdieron su efecto y, con él, su fuerza reflexiva. Contemplar el proceso de corrupción de un sistema perdió interés. No tiene caso sorprendernos, como en su momento hicimos con la obra de Philip K. Dick o William Gibson, frente a una civilización que da paso al totalitarismo, la vigilancia, la discriminación o la suplantación de la realidad por la representación. No tiene caso cuando nuestra propia vida transcurre en medio de algo parecido; esto es revelador en el caso de México que, durante enero de 2019, como parte

de una estrategia del actual gobierno, presentó una serie de problemas de desabastecimiento en la distribución de gasolina, orillando a habitantes de muchas ciudades del centro del país a realizar enormes filas para el reabastecimiento, sin que quede claro si esta estrategia para combatir la corrupción y la red de crimen organizado en torno a la ordeña de gasoductos es un diseño perfectamente medido o una mala planeación de un gobierno primerizo.

Éste, sin embargo, no es el único ejemplo. Si bien la imaginación en torno a la paranoia de la crisis

energética ha sido un tema recurrente, otros países latinoamericanos presentan ejemplos cuya magnitud también puede equipararse a historias apocalípticas: la ofensiva de grupos feministas en Argentina y Chile en pro de los derechos reproductivos y el lenguaje inclusivo como medida para disminuir la violencia de género; el ascenso democrático, con toda su fuerza, del neoliberalismo en Brasil; el exilio de miles de refugiados de Honduras; y la situación social de Venezuela a la cual, vaticinan algunos, México seguirá sus pasos. Todas ellas situaciones que perfectamente podrían ser abordadas desde la más desesperanzadora ciencia ficción.

El espacio para tratar estos temas es breve y no es el objeto de este artículo, ni de esta revista, por el momento, pero es necesario acotarlos debido a que es justamente la ciencia ficción una de las encargadas de analizar las realidades y conectarlas con proyecciones de distintos futuros sociales a partir

de estos signos del presente que, por momentos sobrepasan cualquier especulación.

Ante panoramas como éste, repetidos a lo largo de todo el planeta durante el siglo XX, el postmodernismo surgió para negar las utopías y negar sobre todo la razón modernista que, según algunos, llevó a la humanidad a empeñarse en su propia destrucción e instrumentalización.

Resulta cuando menos curioso que una postura tan crítica con esta desviación del pensamiento ilustrado, que impulsó el progreso civilizatorio por al menos dos siglos, sea a la vez producto de un modelo que presenta características distópicas donde los sujetos se hallan en un sistema de poder que les impide pensar libremente sobre dicho sistema o sobre su posición con respecto a éste.

El imperio, ya sea en su forma moderna o postmoderna, une categorías y valores universales como paz, justicia y razón en su visión utópica. Anteriormente, como so-

ciudades disciplinarias sustentadas en instituciones y en una biopolítica basada en la industrialización, los estados autónomos o coloniales poseían fronteras fijas, desarrollo aislado y concebían a la multitud como limitada y segmentable, tendían al monopolio, impedían la distribución proporcional y el desarrollo internacional, producían mercancías y saqueaban a los estados no capitalistas mediante un modelo liberal que se apropiaba y destruía espacios y bienes públicos. Actualmente esto ha cambiado: se nos presenta como sociedad de control, un biopoder global, plural y supranacional que organiza el temor a la muerte; en este modelo la función disciplinaria es obsoleta y se presenta como mecanismo de dominio “democrático” interiorizado por sujetos fragmentados y descentrados.

La guerra justa es fundamento de su política, como ejercicio del poder y como garantía de orden y paz. Jurídicamente sustenta su autoridad en un continuo estado de

excepción que incluye intervención armada, represión y retórica, cumpliendo una función policial. Las empresas convierten a los estados en instrumentos para el flujo de mercancías, superando su autoridad, mientras que los estados desarticulan su autonomía en organismos como el FMI, el Banco Mundial o la ONU. Mientras el espectáculo produce y regula la opinión y el discurso públicos, el miedo se convierte en un mecanismo de control fundamental. Este proceso complicado ha sido uno de los principales factores que han conducido a acrecentar la exclusión y la pobreza y, con ello, la imaginación del apocalipsis como una opción viable en la ficción. En la actualidad la mejor representación de este poder cuasi-absoluto es el G8, que a menudo ejerce actos criminales y no puede ser sometido por la ley porque sus miembros son los amos de ésta, con lo que el delincuente se convierte en policía. Es cierto que el miedo a una guerra mundial ha dado una

paz relativa de 70 años pero en el mismo lapso se han hecho más de dos mil ensayos nucleares. Los países mantienen la paz apuntando con sus misiles. No puede decirse lo mismo en escalas regionales: guerras civiles e intervenciones han sido moneda corriente en muchos países durante este tiempo.

Ante este panorama son bastantes los proyectos utópicos, espacios aislados, insularidades inaccesibles que también se distancian de nosotros en un marco temporal, pero la mayoría de estos proyectos permanecen dormidos o son frívolos, como ocurre actualmente en Latinoamérica y, de hecho, en el resto del mundo. Nunca como hasta ahora, dice el filósofo Javier Ordóñez, la especie humana ha dependido tanto del conocimiento para su supervivencia, nunca como ahora ha sido consciente de haber intervenido en el mundo con tanta influencia. Hechos como la Revolución Francesa, la implementación del sistema métrico decimal, las revoluciones industriales que

tuvieron como epicentro las ciudades, la construcción de ferrocarriles, los servicios de alumbrado, comunicaciones, abastecimiento de agua y drenaje fueron resultado de proyectos utópicos. Las utopías, continúa Ordóñez, tomaron cuerpo en las sociedades ilustradas pero la política transformó este sueño tecnológico en un decorado y la ilustración se pervirtió en un sueño burgués de instrumentalización humana.

¿El resultado? Utopías y distopías coexisten: en una sociedad utópica nadie excede su potencial; las utopías no tienen cabida en el universo del capitalismo tardío y, además, sus detractores apelan a los peligros de su realización al recordar las consecuencias de horrores como el estalinismo, es decir, de la utopía como impulso totalitario, cargado de prejuicios y condenado a derramar sangre por la estructura misma de su idealismo.

Resulta convincente relacionar hoy una sociedad ideal muy tecnológica con una sociedad utópica,

pero la imaginación de sociedades perfectas tiene una tradición amplia que se remonta a tiempos anteriores a la obra capital de Tomás Moro si consideramos el jardín de la *Epopéya de Gilgamesh*, la *Teogonía*, *La República* o la *Inscripción sagrada* de Evémero. Posterior a Moro tenemos ejemplos notables como *Los viajes de Gulliver* de Swift y, ya en el siglo XX, la época dorada de la ciencia ficción. Pero sin duda, a partir de la postguerra, fueron las ficciones distópicas y apocalípticas las más lúcidas y aventajadas advertencias sobre los peligros que ahora forman parte de nuestra vida cotidiana. Desde Huxley, Orwell y Bradbury, pasando por los ya mencionados Dick y Gibson; y sobre todo las propuestas cinematográficas desde Fritz Lang hasta los hermanos Wachovsky en la primera *Matrix*. Incluso la alternativa inicial que supuso internet como utopía materializada conllevó en pocos años una realidad contaminada por mo-

dos, normas y estéticas de lo virtual, así como la potencial observación que empresas y gobiernos, de hecho, ya ejercen, como vigilancia y como estudio de mercado permanente, sumado esto a la vigilancia y censura que los propios usuarios de la red mantienen entre sí.

No en vano dice Fredric Jameson que, como representaciones, las películas distópicas postmodernas parecen darnos pensamientos e hipótesis sobre el futuro, pero a la vez nos dan a consumir alta tecnología y efectos especiales, con lo que se cumple otra de las premisas terribles de habitar en el corazón del imperio: que todo cuestionamiento, toda rebeldía sólo es posible en la medida en que el propio sistema permite su existencia y les integra en su discurso. *Hunger Games*, *Divergent*, *Maze Runner*, *Ready Player One* ¿Les recuerdan algo? como libros o películas, no importa, son distopías frivolidadas. *Es más fácil imaginar el fin del mundo que el final del capitalismo.*

Es por ello que tantas advertencias consecutivas o superpuestas perdieron su fuerza premonitória y reflexiva, sumiéndonos en una suerte de costumbrismo de la globalización que se impuso como único modo de vida posible; lo utópico y lo distópico irremediablemente nos remitieron a sociedades o sistemas que no resolvían el estado de totalización del capitalismo. Y fue en ese punto donde otra tradición, aunque igualmente asimilada por el sistema, propuso una alternativa utópica radical: el postapocalipsis.

Sus exponentes, sean escritores, cineastas, creadores de cómics o de animación, corresponden con una franja generacional de autores desencantados que relatan y cuestionan los valores de las sociedades postmodernas que incluyen la cosificación del sujeto, el exceso de información, la absorción de la cultura por el mercado, las narrativas de la violencia como crítica a la violencia real y a la anulación de

ésta por la repetición mediática, así como el extremo individualismo y el estado permanente de crisis económica, endeudamiento y recesión. Debajo de estos temas se trasluce cierto afán por humanizar un mundo materializado, a la vez que son propuestas que se han dedicado a echar por tierra todos los axiomas de la civilización.

Esto nos permite establecer cada vez más una alegoría en torno a la relación estrecha que existe entre la hegemonía del sistema capitalista, la anulación de los impulsos históricos y utópicos, y la caída de la civilización, que encuentra su mejor representación en holocaustos y postapocalipsis. En *Constatación brutal del presente*, el novelista Javier Avilés lo expresa con claridad: “El capitalismo ha sido el motor que ha vertebrado nuestra realidad y, aunque asumíamos que era un sistema que no podría sostenerse por largo tiempo, no podíamos sospechar que finalmente situaría a toda la sociedad humana

en la tesitura de escoger entre el sistema fallido, la «realidad», o la destrucción total.”

Es en el postapocalipsis donde los propios signos del capitalismo se tuercen en símbolos de deseos utópicos. En *La carretera*, de Cormac McCarthy, el carrito de supermercado que cargan el hombre y su hijo, antes emblema del consumismo, se vuelve algo útil, casi indispensable. Incluso en películas de poca profundidad como *El día después de mañana*, instituciones como la biblioteca, antes asociada a un sistema social y cultural específico, se convierte en arca y refugio. Ni qué decir de las fábulas de zombis, que han trazado un arco de popularidad y decadencia que se explica fácilmente por las alegorías conservadoras y republicanas que tejen en torno a las características de los tiempos que corren.

La violencia, la anulación de la voluntad, el erotismo y el impulso de muerte, la animalidad y la sumisión a un poder incomprensible se

mezclan con el holocausto, con la coda del sistema dominante que se destruye a sí mismo arrastrando todo a su paso. Toda fragmentación tiende a la desintegración absoluta, a la entropía, a eso que Philip K. Dick llama *kippel*, en *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Los textos contemporáneos son postapocalípticos porque, como propone Jean Franco, reflejan el horror de las clases medias ante la implosión de su mundo cultural y una pérdida de la identidad donde la barbarie, el invierno nuclear y el canibalismo no son sino parte de una utopía radical que no implica necesariamente el mundo idealizado, pero sí la alternativa al sistema que, mencioné al inicio, actualmente supera en América Latina cualquier ficción que pueda proyectarse sobre ella.

Al mismo tiempo, el postapocalipsis, nos dice Jameson, presenta un panorama que niega el cómodo e idílico regreso a las formas aldeanas o rurales donde la utopía fácil

amputa todo lo que de interesante y complejo tiene la civilización occidental. Quizá estos relatos, y estas realidades cotidianas que vivimos en pleno siglo XXI, no tengan otra intención que reactivar el movimiento interno tras la entropía a la que nos empuja el sistema. Finalmente el postapocalipsis parece ser el escenario idóneo para el surgimiento de nuevos impulsos, sean estos utópicos o vitales, tal como

ensayan los quince cuentos que integran este segundo número de Espejo Humeante. Liberados del sistema hegemónico, los sobrevivientes podemos ensayar en un marco ficcional, a partir de ese impulso, una nueva oportunidad para salir de la parálisis y crear un mundo distinto de éste. 🌱

R. T. G. Pachuca, México;
enero de 2019.

Rafael Tiburcio García. (Villahermosa, México, 1981). Vive en Pachuca. Es licenciado en Ciencias de la Educación y maestro en Estudios Humanísticos. Becario del PECDA en 2010 y 2017. Gestiona sus redes como @juancorvus. Es autor de *Cuentos de bajo presupuesto. Edición facsimilar* (Cecultah, 2014), con el que obtuvo el Premio de Cuento Ricardo Garibay 2014 en Hidalgo; asimismo es autor de la novela *Rabia | ikari* (Conacultah, 2015), mención honorífica en el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada 2016. Su poemario *Elegías* fue merecedor del primer lugar en el Concurso Nacional de Literatura ISSSTE 2018.



Ricardo Bernal (Ciudad de México, 1962), nuestro autor invitado para este segundo número de Espejo Humeante, es poeta, cuentista y tarotista, así como uno de los más famosos profesores e investigadores de la literatura de géneros en México (horror, ciencia ficción, literatura fantástica, etcétera). También imparte cursos de tarot, astrología simbólica e historia de las animaciones. Premio Nacional de Cuento Salvador Gallardo Dávalos 1991 por La palabra de los niños y 1992 por Leyendas de la muerte azucarada. Premio Nacional de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz 1995 por el libro Ciudad de Telarañas.

FILM

RICARDO BERNAL

LOS TRES NEGROS, lentes oscuros y dientes de oro, entran al restaurante chino cantando gospel. Cuando todos los comensales los miran, muestran sus revólveres y dicen las palabras mágicas: éste es un asalto, que nadie se mueva. Entonces, cuatro mafiosos rusos que comían tranquilamente sus sopas de cebolla, sacan las metralletas de sus estuches y encañonan a los negros. En la cocina, el chef busca la granada que tiene escondida en una de las alacenas. Afuera se oyen gritos, órdenes bruscas, el ejército alemán hace sus últimas maniobras: los toscos tanques entran como orugas por las principales avenidas provocando el caos y el horror en las multitudes. De las tumbas de los cementerios cercanos y lejanos, comienzan a brotar zombis enloquecidos; huelen mal y no descansarán hasta comerse la última partícula de carne de la última vértebra del último esqueleto humano. De pronto los cielos se oscurecen: decenas de miles de platillos voladores han llegado a la Tierra; sus tripulantes, pegajosos y azules, mueven sus tentáculos y preparan sus sofisticadas armas de rayos láser para la guerra de conquista. En su hipogeo secreto, el lóbrego sacerdote lee en voz alta un libro de conjuros: Yog-Sothoth y Cthulhu despiertan de su letargo de eones y se filtran lentamente desde otro plano dimensional... Arriba, en su sala de controles, Dios se pone un guante blanco, abre una puertita transparente y se dispone a apretar, de una vez por todas, el botón rojo que destruirá para siempre este mundo tan aburrido. 🌀



*“El silencio es una experiencia desconocida para Otto.
El ruido se sostiene a perpetuidad. Nunca hay tregua.”*



LA PRIMERA TROMPETA

KRSNA SANCHEZ NEVAREZ

OTTO NO PUEDE ver, ni tocar, ni oler, ni saborear; solamente es capaz de escuchar. Otto lo escucha todo. El rugido del tráfico que cruza las avenidas. El griterío de la gente en un estadio. El borbotear de las fuentes públicas. El arrullo de las palomas paradas en una cornisa.

El silencio es una experiencia desconocida para Otto. El ruido se sostiene a perpetuidad. Nunca hay tregua. La música de las discotecas. El repique de las campanas de una catedral. Los ladridos que salen de la perrera. El estruendo de las fábricas en marcha. El tecleo masivo que proviene de las oficinas.

El oído de Otto posee mayor agudeza que el de una fiera al acecho. Nada escapa a su percepción. La caída de un alfiler. El hojear de un libro. El tictac de las manecillas. Los pasos a hurtadillas. Incluso alcanza a escuchar sonidos imperceptibles para los seres humanos. El canto de una mariposa. La colisión de dos partículas de polvo. El deslizamiento de la corteza terrestre. La contracción de un músculo en movimiento.

Otto cuenta con infinidad de oídos repartidos por todos lados. Se hallan en las casas, en las escuelas, en los comercios, en las empresas, en las calles y hasta en los cementerios. Oídos bajo los muebles, oídos detrás de los cuadros y los retratos, oídos incorporados a los aparatos electrónicos, oídos adheridos al techo, oídos cubiertos por el papel tapiz, oídos entre las hojas de los árboles, oídos en lo alto de las lámparas públicas.

Otto es un sistema experto en procesamiento acústico. Sus oídos son diminutos micrófonos que conforman una red a lo largo del mundo. Millones de micrófonos en Japón. Millones de micrófonos en Noruega. Millones de micrófonos en Brasil. Millones de micrófonos en todos los países.

Otto comanda el más novedoso modelo de edificios automatizados. Su banco de memoria guarda una compilación casi infinita de archivos sonoros. Y él está programado para dar la respuesta apropiada a cada uno de ellos. Una conexión a internet le permite utilizar los servicios de mensajería instantánea y también controlar diversos enseres mecánicos.

Otto permanece al pendiente de los edificios para detectar todo aquello que necesita reparación. El chirrido de una bisagra sin aceitar. El zumbido de una fuga de gas. El chisporroteo de un cortocircuito. El gorgoteo de una cañería obstruida. Los crujidos de una viga devorada por termitas.

Otto presta ayuda en la vida cotidiana. Pone canciones de cuna al bebé que llora. Sirve el alimento a un gato que maúlla de hambre. Disminuye el volumen de un televisor demasiado ruidoso. Aumenta el volumen del reloj despertador que es ignorado. Apaga la estufa sobre la que silba una tetera.

Otto es también muy útil en situaciones críticas. Avisa al dueño de un automóvil si se enciende el sistema de seguridad. Manda una señal a la policía cuando se abre con un golpe la cerradura de una casa. Llama a los bomberos en caso de sonar una alarma de incendios. Hace ir a los paramédicos al domicilio de quien sufre una arritmia cardíaca o de quien resuella asfixiándose.

Otto tiene la capacidad de discriminar la gran variedad de sonidos que oye. Distingue el disparo de una pistola del descorche de una botella de champagne. Distingue los gemidos de dolor de los gemidos de placer. Distingue un vaso roto de una ventana estrellada. Sus habilidades le permiten no solamente diferenciar, sino también especificar con gran acierto. De tal forma, además de no confundir una ventana estrellada con un vaso roto,

puede determinar el tipo de cristal, su grosor, su dureza e incluso el objeto que lo impactó. Igualmente, Otto es capaz de discriminar los acentos y las entonaciones de la voz humana. Reconoce la ironía, el desdén, el enojo y muchos otros. Esto le permite catalogar una frase como una amenaza o una broma, y actuar en consecuencia.

Un día, Otto capta un sonido anormal que llega a todos sus receptores sin dilación entre unos y otros.

Lo escucha a través de los micrófonos de Japón. Lo escucha a través de los micrófonos de Noruega. Lo escucha a través de los micrófonos de Brasil. Lo escucha a través de los micrófonos de todos los países. Ha sonado en el mundo entero al mismo tiempo.

La potencia del sonido sobrepasa los 180 decibeles. Su frecuencia oscila entre los 20,000 y los 21,000 hertzios. Se trata de un estallido ultrasónico. El tono se sostiene constante e ininterrumpido durante 8.7 segundos exactamente. Luego cesa de la misma manera abrupta que comenzó.

Otto no logra determinar la identidad del ruido, tampoco la fuente. No cuenta con un registro que concuerde dentro de su banco de datos. No se asemeja ni un poco a ninguna cosa que haya escuchado antes. Sin importar cuánto lo analiza y compara, resulta totalmente inclasificable. Por tanto, el sistema no posee una programación específica para reaccionar a él. Otto se encuentra pasmado.

Después del sonido anómalo, Otto sondea velozmente los millones y millones de micrófonos a su disposición. Sus oídos electrónicos no perciben la menor vibración en el ambiente. Otto no escucha el rugido del tráfico. No escucha el griterío de la gente. No escucha el arrullo de las palomas.

No hay ruido. El planeta ha enmudecido totalmente. Es una quietud tiránica. Quietud en Japón. Quietud en Noruega. Quietud en Brasil. Quietud en todos los países.

Otto experimenta por primera vez el silencio. Y de ahora en adelante no escuchará más que silencio. 🌿

Krsna Sanchez Nevarez. Ganador del primer lugar del concurso de relato de ciencia ficción Las Cuatro Esquinas del Universo, organizado por el Instituto de Astronomía de la UNAM. Ganador de una mención honorífica en el XXXIV Premio Nacional de Cuento Fantástico y Ciencia Ficción. Ganador en dos ocasiones del segundo lugar del Concurso de Cuento de Ciencia Ficción José María Mendiola.

EL FIN DE EDMUNDO

OSWALDO CASTRO ALFARO

CONCHITO CONDUCE el automóvil durante el mediodía triste. La familia ha cumplido con el adiós terrenal de su madre. Al lado, Gracia cuida la urna con las cenizas de la abuela. En el asiento posterior Mariana sostiene la mano desolada de su padre.

Edmundo del Campo perdió a la mujer de su vida y siente que el vacío heredado será difícil de llenar. A medida que la embolia pulmonar masiva acababa con Consuelo, la enorme casa se agigantaba con el burbujeo del acuario. El sonido le recordaba que existía un mundo solitario, atrapado en paredes y repleto de incertidumbres. Parecía que la realidad hubiera acordado envolverlo en el más absoluto silencio, preparándolo para el futuro. El chasquido de sus alpargatas sobre las alfombras mullidas y el canto desordenado de los canarios se convirtieron en sutiles compañeros de la soledad.

En la noche sus hijas regresarán a Madrid para retomar las labores interrumpidas. En Lima quedará la nieta mayor que se resiste a abandonar al poeta que la trae chiflada con versos acaramelados. Gracia insiste en conservar el recuerdo y su abuelo asiente. El viudo cree que cuanto más lejos estén las cenizas menos posibilidades hay para que la finada se presente en el dormitorio.

Edmundo sobrelleva la viudez sin contratiempos mayores. Las labores cotidianas le reconfortan el espíritu y el recuerdo de su mujer se volatiliza, adquiriendo ribetes de nostalgia inevitable. El año y medio de jubilado lo entrenó para el ocio y el entretenimiento. A los setenta y dos años discute con el jardinero sobre las plantas que hay que podar, reclama al carpintero las molduras que está cambiando en las alacenas y con el electricista revisa los planos de la red eléctrica interior. En un alto de esas ocupaciones siente que su mujer camina por los pasillos. El perfume desconocido debe pertenecerle y no a un ángel extraviado, supone. A veces la risa estrepitosa de su Consuelo resuena en la memoria y, lejos de asustarse con la carcajada recordada, sonrío y suspira. En poco más de tres meses se acostumbró a su ausencia y se aburre cuando no está con algún operario.

A lo que Edmundo no se acostumbró de inicio fue a Ricardo. Con la mayor parte del tiempo sin usar decidió planear las contingencias de su propio fin del mundo, el que ocurriría en la tranquilidad de su hogar. Frente al televisor e investigando en internet concluyó que los locos del planeta no presionarían el botón rojo de los misiles intercontinentales y que el jerarca ruso estaba más ocupado ayudando al dictador sirio que en mirar las verdaderas amenazas. Dedujo también que ningún musulmán desquiciado tenía la capacidad para atentar contra la humanidad y, finalmente, China miraba los continentes con ojos dolarizados antes que desafiar a potencias irrelevantes para sus intereses.

Edmundo alejó la posibilidad de que parte del planeta fuera destruido por un desastre nuclear y previendo que la lluvia radiactiva se alejaba del horizonte, centró las preocupaciones en los desastres naturales que se presentaban con más frecuencia. Los recientes terremotos en los mares del Sur le recordaron que el barrio ocupaba el lugar preciso para desplomarse si las placas de Nazca bostezaban o el Cinturón de Fuego del Pacífico eructaba. Confirmó los recientes sismos y temblores y las coordenadas encontradas

lo dejaron perplejo: el próximo gran terremoto cobraría miles de muertos en la capital y la destrucción de viviendas superaría lo estimado. La falta de electricidad y refugios temporales y la escasez de alimentos, agua y medicinas redondearían el escenario desolador. Por otro lado, el caos y vandalismo inherentes terminaron de apabullarlo. El plan de contingencia consideró la mochila de emergencia y rutas de evacuación. Si tenía suerte sobreviviría y tendría chance durante una semana.

Lo que nunca estuvo en sus planes fue la aparición de Ricardo. Una mañana Gracia interrumpió la lectura del diario. Los ladridos bullangueros del cachorro lo hicieron levitar del asiento. El perrito se cuadró delante de sus lentes y los ojos marrones que lo miraron le ablandaron el rígido corazón. A partir de ese instante las intenciones de vender la casa y perder el jardín se desvanecieron. El animal la necesitaba para el entrenamiento y necesidades biológicas.

Edmundo y Ricardo se convirtieron en uña y mugre. El anciano jubilado encontró en la bola de pelos con cuatro patas la razón de su renacimiento. No le importó soportar los calambres en el ciático mientras se agachaba para recoger las heces de su juguete favorito y las persecuciones a las que el perro lo obligaba sirvieron para estirar los músculos agarrotados y en desuso. Edmundo se acostaba con la mirada del engreído y amanecía con su hocico clavado en el cuello.

La felicidad para ambos se resquebrajó con el sacudión telúrico del fin de semana y las réplicas sucesivas lo aterraron. Ricardo no estaba considerado en el plan de evacuación. Reacomodó la mochila con una bolsa grande de *pellets* balanceados para cánidos y una correa adicional. Ricardo se acostumbró a llevar el collar de ahorque y a subir y bajar las escaleras a su lado. Edmundo diseñó las rutas seguras para no tropezar o enredarse y cada habitación tenía asignado el flujo de emergencia. A su voz, Ricardo sabía lo

que debía hacer. Eran la pareja perfecta del escape y estaban seguros que se reirían con el siguiente flato terrestre.

Edmundo y Ricardo, grandes teóricos de la supervivencia, jamás imaginaron que el terremoto de 8,3 grados en la escala de Richter los cogería en la ducha mientras se bañaban. Enjabonados ven cómo las mayólicas se rajan y cae el espejo del gabinete. Escuchan al personal llamándolos mientras sale despavorido. Edmundo abraza a Ricardo y se encomienda a la voluntad de Dios. El piso del baño se desliza de un lado a otro y los sacudones verticales quieren sacarlo de cuajo. Ambos siguen abrazados, mirándose a los ojos. Ricardo le lame la mejilla. 🐾

Oswaldo Castro Alfaro. Lima, Perú. Médico. *Escribideces-Oswaldo Castro* (Facebook). Publicaciones en *Ucronías Perú*, *Cuenta Artes*, *El Gato Descalzo*, *Molok*, *Aeternum*, *The Wax*, *El Narratorio*, *Equinoxio*, *Espejo Humeante Fanzine*, *Penumbria*, *Nocturnario*, *Ibidem*, *Círculo de Lovecraft*, *Historias Pulp*, *miNatura*, *Al Borde de la Caverna*, *Cathartes* y *Poesis*.



“Confirmó los recientes sismos y temblores y las coordenadas encontradas lo dejaron perplejo: el próximo gran terremoto cobraría miles de muertos”

“Después del miedo y de la angustia que nos abordó en el despegue, saltamos y reímos al sentirnos libres de la gravedad de la Tierra.”



NEW MOON

MIGUEL ANGEL DE LA CRUZ REYES

CUANDO NOS ENTERAMOS de que iríamos a la Luna estuvimos celebrando por días. Llevamos cervezas y tequilas al *depa* de Efraín. Mariana bailó con él hasta que los pies ya no la sostuvieron. Amanecimos borrachos pero con la euforia latente.

Nuestro proyecto de robótica nos hizo merecedores de visitar las instalaciones del proyecto *New Moon*. Dichas instalaciones se comenzaron a construir hace diez años y, en la actualidad, tienen un ochenta por ciento de avance. Los módulos habitables para turistas e investigadores ya están terminados.

A nuestro pequeño robot —al que bautizamos Moctezuma— le dotamos de sensores especiales para recolectar y analizar partículas subatómicas. Un procesador cuántico de nueva generación modificado por nosotros, era su cerebro. Nos permitiría realizar cálculos y simulaciones de las partículas con resultados bastante fiables. Sus pequeños sensores lo hacían ideal para detectar estas partículas, y que idóneamente en la superficie lunar, fuera de las perturbaciones del campo magnético terrestre, podrían captarlas mucho mejor.

Al enterarse *New Moon* de nuestro robot, nos contactaron para que participáramos en su programa de “Jóvenes Investigadores” el cual premiaba e incentivaba la investigación hecha por estudiantes.

El tiempo que pasó entre el anuncio de la invitación y la llegada a la estación se fue muy rápido. Después del miedo y de la angustia que nos

abordó en el despegue, saltamos y reímos al sentirnos libres de la gravedad de la Tierra.

Después de unas interminables horas llegamos a la Luna. Para sorpresa de Mariana —que se había quejado por la duración del viaje— la tripulación nos contó que en las primeras misiones tardaban días en llegar. Como en el transcurso pasamos todo el tiempo encerrados en unos pequeños compartimientos, sólo hasta llegar a la estación nos dimos cuenta de la inmensidad del espacio. No es como me lo había imaginado. Es todo oscuro. Pero ver a la Tierra desde aquí hace que te quedes mudo de la impresión. Al menos eso fue lo que le ocurrió a Mariana, que había hablado hasta por los codos durante todo el viaje. Las instalaciones de New Moon eran enormes. A pesar del tamaño, por dentro los grandes pasillos me hicieron sentir solitario.

Luego de una comida bastante insípida —ahora aprecio más la de mamá— hicimos algunas pruebas con Moctezuma antes de enviarlo al día siguiente a su recorrido. En la estación había otros grupos de jóvenes que también llevaban robots para hacer pruebas y mediciones en la superficie lunar. Efraín siempre ha querido destacar, por eso apuró las pruebas para hacer que Moctezuma recorriera la habitación y así presumirlo a los demás. Vi que un indicador estaba dando datos algo confusos pero Efraín los desestimó. Tomó los controles de Moctezuma y lo condujo hasta un grupo de franceses que probaban su robot. Ellos le dieron una pequeña mirada curiosa. Satisfecho, reinició los indicadores y dio por concluidas las pruebas.

Al día siguiente, cuando Moctezuma inició su andar en la superficie de la Luna comenzaron los problemas. Al principio estuvo recorriendo unos metros de aquí para allá recabando datos. Pero el indicador de protones daba mediciones raras. Mariana creía que algún sensor podría estar dañado. Pasaron pocos minutos antes de que Moctezuma se volviera loco. Daba registros exponencialmente más altos a lo esperado. Efraín veía la

pantalla de salida y, abrumado por la información, empezó a hacer cálculos. Me puse a revisar el código de la red neuronal que había desarrollado para el robot, tal vez algún *bug* estaba haciendo estragos en el sistema. Estaba seguro de que la había depurado hasta el cansancio, previendo muchas eventualidades en el manejo de las excepciones en los *qubits*. Seguía absorto revisando las funciones en el código cuando escuché a Mariana decir que algo raro le pasaba a los robots.

Vimos que Moctezuma daba vueltas en el mismo sitio. En la pantalla los resultados arrojados por las mediciones se fueron hasta el infinito y el robot dejó de girar mientras su *hardware* se fundía. El robot del otro equipo también había dejado de moverse mientras ellos batallaban para comunicarse con él.

Marcos temblaba mientras sostenía su tableta. Entonces la luz de la estación parpadeó para luego apagarse, dejándonos en la oscuridad. Mariana se puso a gritar. Yo intenté tranquilizarla. Estaremos bien, le dije, ¿Verdad, Efraín? Escuché a Efraín murmurar que todos íbamos a morir. ¿Cómo que vamos a morir?, le increpé mientras lo tomaba de los hombros y lo zarandeaba como a un muñeco. Su voz parecía tranquila cuando dijo que una gran masa de protones venía directo hacia nosotros, que atravesaría la Tierra y, para cuando nos alcanzara, la vida ya no existiría.

¿Qué estás diciendo?, mis manos temblaban cuando lo solté. Me contestó que eso decían los datos que envió Moctezuma antes de apagarse. Vi cómo Mariana tiró todo lo que había en nuestra mesa de trabajo. Sus llantos se oyeron en la sala.

Unas débiles luces de emergencia se encendieron. El personal a cargo intentó reunirnos a todos en la mitad de la sala donde nos encontrábamos. Una voz se escuchó a través de los altavoces instándonos a guardar la calma, decía que todo volvería a la normalidad en cuestión de minutos. La luz se volvió a ir para ya nunca volver.

El pánico reinó, pues lo que decía Efraín se había confirmado. Alguien había sintonizado las noticias antes del apagón. Me pareció escuchar hablar a Mariana. Quise aferrarme a ella sin éxito. A Efraín tampoco lo pude encontrar. No quería quedarme solo, no quería que llegase el fin. Mi familia tan lejos... Alguien tomó mi mano. La apreté con fuerza y así, juntos, nos quedamos esperando. 📖

Miguel Angel de la Cruz Reyes. Nació en Villahermosa, Tabasco, México el 16 de enero de 1984. Ingeniero en Sistemas Computacionales, con Maestría en Ciencias de la Computación. Cursó en 2016 el Diplomado en Escritura Creativa en la Escuela de Escritores José Gorostiza. Ganador del Primer Certamen de Cuento “René Avilés Fabila” con el cuento: “En tierras olvidadas”. Ha publicados cuentos en periódicos locales y su cuento “Ritual” está antologado en la colección de ciencia ficción *Ixtitlón XXI* de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

EL GRAN FILTRO

JOSÉ BENIGNO GAONA MEDINA

EL MÓVIL SONÓ por enésima ocasión. Llevaba así todo el día y Amanda ya no se molestaba en consultar el número entrante. Se había estado preguntando por qué su padre la buscaba con tanta insistencia, justo ahora, después de tanto tiempo.

Las cosas no habían marchado bien después de la muerte de mamá, y tras conocer a Félix sólo habían ido a peor. Al parecer, en opinión de Hamilton, un exmilitar de ascendencia hispana era poca cosa para una prometedora investigadora del Departamento de Astronomía de Harvard, y además hija del Secretario de Estado.

Pero entonces a la chica se le había ocurrido encender la pantalla al otro lado de la sala, y tan pronto sintonizó el canal de noticias lo entendió:

Con el inminente derrumbe bursátil más y más naciones del mundo abandonan el dólar, ahora los bancos centrales de Europa se alinean con Rusia, Irán y China para usar el yuan como moneda de cambio. Pero, mientras Wall Street se desploma, la atención global se mantiene en Medio Oriente. Y es que el plazo establecido por Rusia está por terminar en pocas horas, pero el Secretario de Estado, Henry Hamilton, reiteró que Estados Unidos tiene pruebas suficientes de que el gobierno iraní está detrás del doble ataque químico contra Israel y la población kurda, así que no depondrán las armas ni abandonarán sus posiciones en el Mediterráneo.

Por su parte, el consejero de seguridad de la ONU sigue pidiendo un alto a las hostilidades antes de que, según sus palabras, “el infierno se desate”

El móvil seguía sonando sobre la mesa. Amanda se mordió el labio inferior, dudó unos segundos más y, finalmente, tomó la llamada.

—Hello, ¿Amanda?

—Hola, papá. Te acaban de mencionar en televisión.

—Where are you, damn it?

—Si vas a hablarme de esa manera terminaré la llamada ahora mismo.

—¿Por qué hablas tú así? ¿Él está escuchando?... ¿Sabes qué?, me da igual. Hay poco tiempo, dirígete a la frontera. Varios helicópteros patrullan la zona. Te recogerán y te llevarán al refugio más cercano.

—Ni Félix ni yo vamos a movernos de aquí, ¿entiendes?

—¡Escúchame, niña idiota! ¡Esto no es un juego! Nadie está alardeando ahora, han dado la orden y el ataque está en marcha.

—Adiós, papá.

Justo en el momento que la chica cortaba la llamada, Félix regresó de la cocina con una lata de cerveza en la mano.

—¿Era el General?

Amanda asintió con la vista clavada en su teléfono.

—Quizá deberías irte, cariño. Parece que la cosa va en serio esta vez. El dólar los mantuvo en el poder desde la Guerra Fría, pero ahora con su caída... Bueno, están dispuestos a jugarse el todo por el todo.

Amanda se levantó y lo tomó de la mano.

—Salgamos, ¿quieres?

Una hora después la Ram dejaba atrás la ciudad de Tijuana y enfilaba por la Federal en dirección sur, hacia Ensenada. Era una tarde tranquila y soleada, como cualquier tarde de agosto. Félix se concentraba en conducir la todoterreno mientras Amanda contemplaba el retorcido litoral de Baja

California discurrir bajo el sol. El cálido aire de la costa entraba por la ventanilla y le agitaba los rizos oscuros, arrastrando tras de sí el aroma salado del Pacífico.

Habían guardado silencio la mayor parte del tiempo, abatidos y taciturnos, hasta que Félix se animó a decir:

—¿Qué fue lo que ocurrió, cariño? Es decir, siempre han existido problemas, pero las cosas no iban tan mal, ¿no? Todo ese auge tecnológico, los avances médicos, la nueva era espacial que prometía tanto.

—Supongo que tarde o temprano teníamos que enfrentarnos a esto. ¿Alguna vez oíste hablar de la teoría del Gran Filtro?

—No. ¿De qué se trata?

—La formuló Robin Hanson a finales del siglo pasado, como una respuesta a la paradoja de Fermi, que plantea el problema del porqué no hemos contactado con civilizaciones alienígenas. Piensa en esto: por cada grano de arena en cada playa de la Tierra hay diez mil estrellas ahí fuera, iluminando un número incalculable de planetas como el nuestro. Y por tanto la vida debería ser muy prolífera en el Universo, desde la más simple y primitiva hasta la más compleja e inteligente, tal como ocurrió aquí en la Tierra. Pero entonces, si hay tantas posibilidades para que la vida inteligente exista, ¿por qué el Universo se muestra tan vacío?, ¿por qué no hemos podido contactar con esa otra vida inteligente?

—Pues muchos creen que sí que nos han contactado. Las evidencias abundan.

—Pero ninguna prueba irrefutable, lo que no tiene sentido; hace mucho que deberíamos haber confirmado la existencia de otra civilización además de la humana. Pero no ha ocurrido, ¿por qué? Aquí es donde entra el Gran Filtro: una barrera, una fuerza destructiva que elimina a una civilización antes que ésta consiga desarrollarse lo suficiente. Puede manifestarse de

diversas formas, mediante catástrofes naturales, amenazas estelares... o la autodestrucción.

—¿Entonces no hay más civilizaciones allá afuera?

—Quizá sí, pero muchas desaparecieron antes que llegáramos a saber de ellas, como ocurrirá con nosotros. Toda vida inteligente en el Universo está destinada a extinguirse.

Volieron a sumirse en un silencio agorero que se prolongó por varios minutos.

—Bueno —irrumpió de nuevo Félix—, al Universo aún le queda mucho, ¿no? Tal vez alguien lo consiga algún día. Lástima que no fuimos nosotros.

—Lástima. Nuestro planeta ya había sufrido cinco extinciones masivas, ¿sabes? Éramos un milagro en el Universo. Estuvimos tan cerca de conseguirlo, amor... tan cerca de dar el gran salto.

La camioneta siguió por la carretera desierta, envuelta en el rumor profundo e incesante del mar. Cientos de kilómetros al norte, una miríada de puntos luminosos aparecieron sobre los cielos californianos. Las luces dibujaron un inmenso arco de oeste a este, marcando tras de sí largas estelas flamígeras; luego descendieron a una velocidad vertiginosa, como una lluvia de estrellas fugaces.

Un destello tan brillante como el del mismo Sol encendió el horizonte, y un momento después la tierra comenzó a retumbar. 🌩

José Benigno Gaona Medina. (Ciudad de México, 1987). Lector infatigable del género fantástico y afines, desde hace un tiempo también cultiva la escritura del mismo. Sus cuentos han aparecido en diversas revistas electrónicas de México, Perú, España y Argentina; algunos de los cuales han sido reunidos en la antología *La danza de las sílfides y otros cuentos de fantasía, terror y ciencia ficción*, próxima a publicarse bajo el sello de Grupo Editorial Lectio.



“..por cada grano de arena en cada playa de la Tierra hay diez mil estrellas ahí fuera, iluminando un número incalculable de planetas como el nuestro.”



The image shows a futuristic, curved interior, possibly a spaceship or a high-tech facility. The walls are dark blue with a grid-like pattern of small, circular lights. Several bright, glowing blue beams of light cut across the scene, creating a sense of depth and movement. The overall atmosphere is high-tech and mysterious.

“Y ahora, estamos aquí, viendo cómo pasan los minutos, mientras esperamos a que las arcas dejen el Planeta.”

EL ARCA

MICHEL M. MERINO

LAS ARCAS estaban a reventar, y la gente no paraba de llegar. Faltaban menos de dos horas para que la Tierra colapsara y no había señales de que despegáramos pronto.

—¡Respeten la fila! —ordenaban los Vitagos, empuñando amenazantes sus extrañas armas.

Varias horas atrás, todos los teléfonos, computadoras y dispositivos electrónicos sobre el planeta transmitieron el mismo desolador mensaje: “La Tierra está a punto de morir”.

Tras advertirnos del inminente destino de nuestro mundo, los Vitagos, seres venidos de un sistema solar cercano al nuestro, pusieron a nuestra disposición grandes naves espaciales para transportar a la población mundial a un lugar seguro.

—Lleven sólo lo indispensable —decía el mensaje—. Dense prisa.

Y ahora, estamos aquí, viendo cómo pasan los minutos, mientras esperamos a que las arcas dejen el Planeta.

La gente comenzaba a desesperarse.

—¡Cálmense! —vociferaban los Vitagos.

El tiempo se agotaba; en el arca no cabía más gente. ¡¿Qué carajos estábamos esperando?!

Quedaba menos de una hora cuando las cosas se salieron de control.

—¡Conserven la calma! —gritaban los Vitagos, apuntando sus armas hacia la turba enfurecida—. ¡Despegaremos pronto!

Un poderoso pitido salió de los altavoces del arca, parando la trifulca de inmediato. Segundos después, todas las pantallas de la nave se encendieron, mostrando a un vitago dirigiéndose a nosotros.

—Agradecemos por su comprensión y lamentamos haberlos hecho esperar tanto —nos dijo.

—¿Por qué no hemos despegado?! —gritó alguien entre la multitud, pero la transmisión parecía ser de una sola vía.

—Hemos tenido algunos inconvenientes recolectando algunas de las fascinantes especies de flora y fauna que habitan su planeta; no imaginábamos que fuesen tantas.

—¡A la mierda con las flores! —gritó alguien más—. ¡Ya vámonos!

—Su planeta es realmente sorprendente. Es una pena que no lo supieran valorar.

—¡Hey! ¿Adónde se fueron los alienígenas?!

Los Vitagos con las armas habían desaparecido.

—Pero no se preocupen —prosiguió—. Nos encargaremos de cuidarlo muy bien.

Todos enmudecieron, pasmados.

El vitago sonrió y dijo:

—¿De verdad creyeron que les daríamos otra oportunidad?

El mensaje terminó, y en su lugar apareció una cuenta regresiva con tan sólo cinco segundos restantes.

Todo esto fue nuestra culpa. Si tan sólo hubiéramos... 🌀

Michel M. Merino. (CDMX, México; 1990). Es egresado de la carrera de Psicología. Ganador del Premio Internacional de Cuento Diamante 2018. Actualmente, estudia para continuar formándose como escritor.

EL VENDEDOR DE ANDROIDES

OSCAR DARÍO SANGUINETTI ACOSTA

AL ALZAR LA MIRADA hacia el cielo, Steve González observó una coloración rojiza que cubría gran parte del firmamento. Las pocas nubes que existían se desvanecían ante el viento impetuoso que las sacudía.

—Qué extraño. Parece venir una gran tormenta pero sin nubes —murmuró Steve, quitando de inmediato la autonomía del automóvil, dirigiéndolo hacia el borde de la autopista para estacionarlo.

Miró el GPS del vehículo y notó que todavía faltaban 163 km para llegar a su destino.

—¡Andrés, actívatelo! —pronunció, girando la mirada hacia su derecha.

—Androide E5 activo —se escuchó un sonido vibrante y con un leve eco que se asemejaba a una voz humana.

—Andrés, desactiva el sistema de grabación.

—Sistema de grabación desactivado.

—Andrés... Como prototipo de exhibición me has acompañado por casi todo el mundo y, por supuesto, me convertiste en un vendedor estrella.

—Afirmativo —respondió el androide.

—Advertí a la corporación que venir para este país iba a ser un fracaso y la prueba es que no he logrado vender ni una sola unidad... pero no me prestaron atención y sólo me escogieron a mí entre todos los vendedores por ser descendiente de venezolanos. Mis ancestros huyeron de este país cuando se iniciaba este sistema socialista hace 200 años.

—205 años desde 1999 para ser más exactos —corrigió el androide.

—Algo así, creo, pero tú eres el que todo lo sabe.

—Todos los presidentes de este país desde esa fecha han muerto mientras aún gobernaban; y el actual ya lleva 20 años en el poder —manifestó el androide.

Haciendo un gesto de negación con la cabeza, Steve González volvió a poner en marcha el automóvil y dirigió nuevamente la mirada hacia el horizonte. La coloración rojiza del cielo se acentuaba más.

—Andrés, haz un pronóstico del clima y el tiempo.

—Temperatura externa 34 °C, aumentado progresivamente 0,1° cada dos minutos. Humedad relativa 50 por ciento, disminuyendo 0,2 por ciento cada tres minutos.

—Diablos, ¿Qué me dices del cielo, a qué se debe esa coloración?

—Las nubes se han evaporado como consecuencia de la baja humedad relativa del viento y una sustancia ácida desconocida, que parece ser el caldo de cultivo de ciertas bacterias que invaden todo lo que consiguen a su paso; está por cubrir toda la superficie terrestre... mis sistemas electrónicos y los del vehículo se encuentran fallando a solo cinco segundos de colapsaaarr.

El vehículo se detuvo en medio de la autopista, así como los demás que transitaban por esa vía. El androide también dejó de funcionar.

—Solo me faltaba esto —dijo Steve, soltándose el cinturón de seguridad.

Se bajó del automóvil sintiendo que una ráfaga de aire caliente casi lo derribaba. Miró hacia arriba y notó que el cielo se encontraba rojizo por completo.

Al frente suyo, con cara de pánico, comenzaron a pasar las personas que se bajaban de los vehículos que venían detrás de él. Todos se preguntaban qué sucedía.

Con la tristeza de abandonar al mejor amigo, Steve emprendió la marcha junto a las demás personas. Aunque Caracas, su lugar de destino, se

encontraba a 163 km, Valencia, la ciudad más cercana, estaba a cinco solamente.

—Esto se esperaba —comentó una de las personas que iban a su lado.

—Disculpe, señor, ¿a qué se refiere? —preguntó Steve con su imperfecto español.

—Vengo desde Colombia y desde hace una semana sólo se habla del fin del mundo —contestó exhausto su interlocutor—. Vine a buscar a mi familia que se encuentra en Maracay, porque acá no se sabe ni se dice nada.

—En eso tiene razón, amigo. Llevo un mes en este país y no había escuchado nada de esto —contestó Steve—. Pero, dígame, ¿a qué se debe este fenómeno?

—No es ningún fenómeno, es por causa de una guerra donde se involucró este país —hizo una pausa para respirar—. Esa guerra tiene tiempo bajo el tapete, pero se esperaba una guerra convencional, no que fuera de esta magnitud con armas químicas y biológicas.

—Eso es muy delicado —dijo Steve con dificultad para respirar—. ¿Ve usted a esas personas lanzadas al piso? Le aseguro que no se podrán levantar más.

Después de una hora, Steve llegó a Valencia junto con diez personas que lograron resistir la marcha y la asfixiante atmósfera.

Deambulando por la ciudad junto a los demás sobrevivientes, observaban cadáveres en el pavimento, a personas sentadas tratando de respirar y a algunos corriendo de un sitio a otro.

Un estruendo llamó su atención y a lo lejos notó que una nave alzaba vuelo velozmente.

—Eso parece una nave espacial —afirmó Steve.

—Estás en lo cierto y los rumores como que se hicieron realidad —respondió el acompañante.

—¿A qué se refiere? —preguntó Steve.

—Se decía que la clase gobernante de este país, tenía preparadas naves espaciales chinas para huir del planeta si se llegaba a presentar esta guerra.

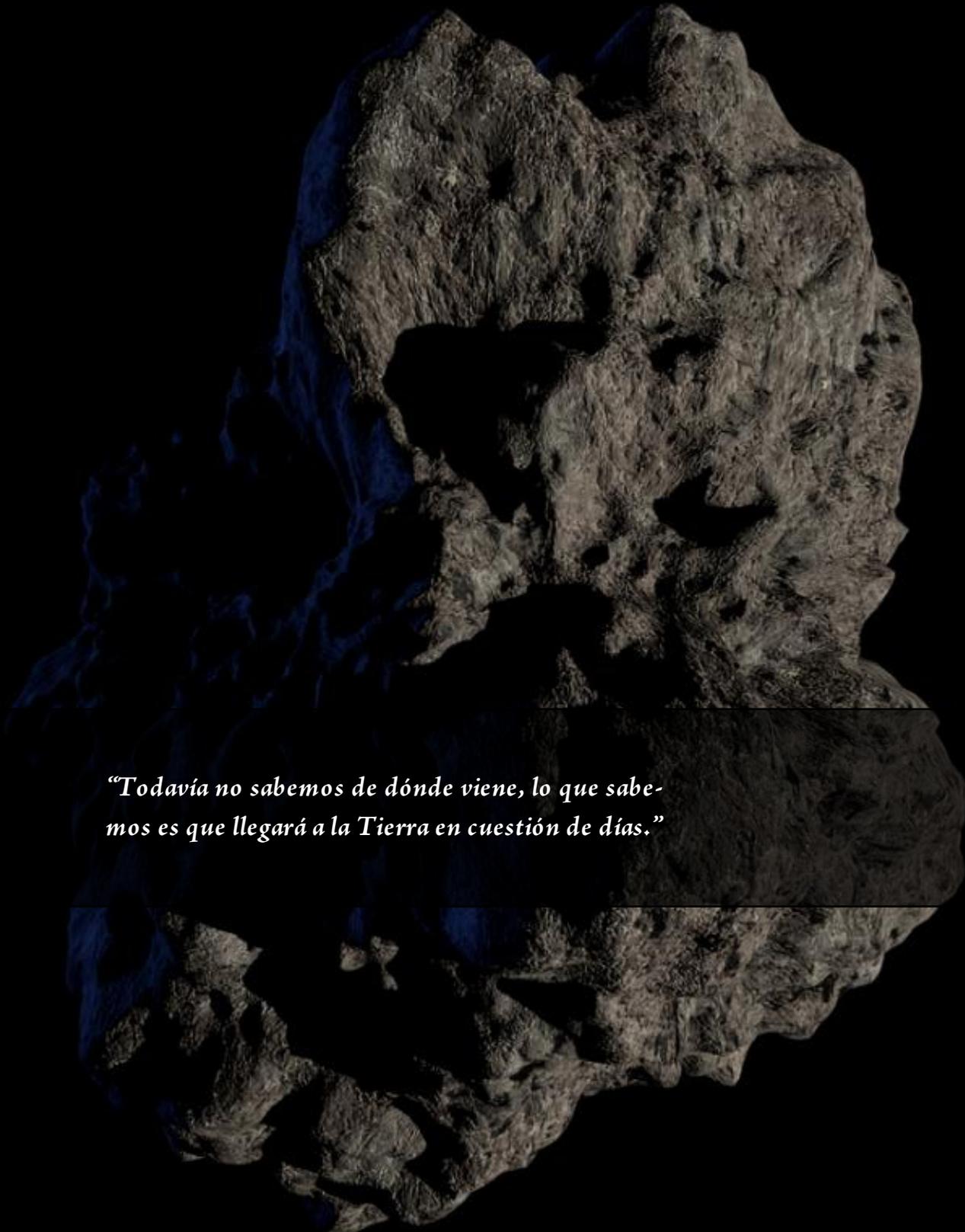
—Si este gas tóxico o lo que sea se expande por el mundo, va a significar el fin de la humanidad —dijo Steve casi asfixiado.

Las personas que acompañaban a Steve fueron cayendo una a una, se sentaban o se arrodillaban para luego caer al piso por completo. El último en caer fue él. 🌀

Oscar Darío Sanguinetti Acosta. Barinas, Venezuela, 1962. Vive en su ciudad natal. No se considera escritor, solo lo hace por afición. Una circunstancia personal lo hizo tomar la iniciativa de escribir. Tiene en su haber dos novelas escritas, varios cuentos cortos y microrrelatos. Es miembro de grupos de Facebook de escritores y es administrador de uno de ellos: *Me gusta escribir*. Creador de la Revista Literaria digital *Senderos*, de la que editó el número 1.



“Advertí a la corporación que venir para este país iba a ser un fracaso y la prueba es que no he logrado vender ni una sola unidad”



“Todavía no sabemos de dónde viene, lo que sabemos es que llegará a la Tierra en cuestión de días.”

OUMUAMUA

BREIGNER STEINER TORRES JIMÉNEZ

DESDE QUE UNA PEQUEÑA LUZ se encendió en lo que se pensaba era una roca estéril de forma peculiar que viajaba por el espacio, todo había cambiado. El mundo entero se dividió en dos facciones: los que esperaban con ansias el arribo de lo que se tenía certeza era una nave extraterrestre en curso a la Tierra, proveniente de un lugar desconocido, y los que tenían miedo de que llegaran y querían detenerlos a como diera lugar.

Durante meses hubo todo tipo de especulaciones al respecto, unos gobiernos crearon enormes campos iluminados que funcionarían como pistas de aterrizaje, otros desarrollaron armas, vehículos y estaciones de combate espaciales para defenderse de un posible contacto hostil.

Sin embargo, nadie sabía las intenciones de los ocupantes (si es que era tripulada). En el fondo, ya sea que la humanidad estuviera ansiosa o temerosa, todos tenían desconfianza de lo que fuera a pasar.

«En todo el mundo se especula sobre *Oumuamua* —decían en los noticieros—. Nadie sabe qué esperar, pero en Oriente Medio se están formando grupos rebeldes que planean una respuesta hostil ante la llegada del, hasta hace poco, asteroide.»

«*Oumuamua* significa “El primero llegado desde lejos” en hawaiano. Todavía no sabemos de dónde viene, lo que sabemos es que llegará a la Tierra en cuestión de días. Esperamos lo mejor.»

El objeto de doscientos treinta metros de largo y treinta y cinco de grosor había encendido luces en su superficie y mostrado comportamiento in-

teligente al acelerar y desacelerar, cambiado de rumbo de manera premeditada hasta trazar una trayectoria de manera directa e ininterrumpida hacia la Tierra.

Conforme los días pasaban, la ansiedad y el movimiento de la humanidad crecía. En los techos de los edificios se escribieron enormes frases; de bienvenida en unas partes y de rechazo en otras. Los gobiernos desplegaron fuerzas de orden público para contrarrestar innumerables manifestaciones que se tornaban violentas. Reinaba la inestabilidad, se generó una estadística de muertes en protestas que aumentó en todo el mundo.

Un día, cuando la humanidad despertó, vio un espectáculo de luces por doquier, esferas luminosas cubrían todo el mundo y *Oumuamua* flotaba cerca de la Luna. Se veía como un minúsculo punto luminoso y alargado que se movía haciéndose cada vez más grande. Alrededor del Globo se desplegaron fuerzas militares, países enteros se militarizaban y declaraban ley marcial como prevención de lo que podía pasar.

«Noticia de último minuto: una de las esferas salidas de *Oumuamua* y esparcidas alrededor del mundo, se acercó demasiado a Aleppo, en Siria, y fue atacada y derribada por un grupo autodenominado “Frente de Defensa”. Testigos del incidente vieron cómo los restos se desintegraron como si hubieran sido “engullidos” por una bola de fuego azul —narraban los presentadores de noticias por todo el Mundo— y no quedó nada que recuperar por parte del ejército sirio que llegó al lugar rápidamente. Varios miembros del Frente de Defensa Sirio fueron detenidos y peritos de todo el mundo están ya investigando la escena.»

Todas las naves se replegaron hacia *Oumuamua* antes de que siquiera fuera posible informar del hecho a todos. En un parpadeo, todas las esferas abandonaron el planeta hacia el gran objeto en forma de cilindro que había llegado desde fuera del Sistema Solar. Cuando todas las naves llegaron a

su nodriza, el asteroide artificial apagó las luces y cesó toda actividad. Nada de luces ni señales de ondas electromagnéticas de ningún tipo.

Oumuamua no hizo ningún movimiento. En la Tierra, sin embargo, la tensión seguía aumentando; había enfrentamientos, protestas violentas, saqueos y caos en todo el mundo. Las muertes y los funerales empezaron a esparcirse como una epidemia que cubrió a todo el mundo. La humanidad sucumbía bajo el peso de sus propios miedos, agonizando mientras era carcomida por la incertidumbre y el silencio.

Las bombas no tardaron en volar, los gobiernos se atacaban entre sí por sus posturas sobre *Oumuamua*. Debió ser un espectáculo asombroso ver, desde la roca visitante, a los misiles balísticos que impactaban, elevando sus hongos de escombros y ceniza. Casi podían oírse los gritos de las víctimas acallados de golpe antes del destello de la explosión. Todo terminó en semanas. La Tierra quedó convertida en una masa marrón y sin vida.

No creemos que quede alguien allá, la superficie debe ser un caldo de gases tóxicos y mares ácidos. Solo unos pocos nos salvamos, al final de todo: los doce que estábamos en la Estación Espacial Internacional. Estuvimos de acuerdo en que no permitiríamos que la discordia entre nosotros provocara la total extinción de la especie humana.

Oumuamua nunca hizo otro movimiento, sigue allí, flotando frente a la vista, como una línea oscura en contraste con la Luna. 🌑

Breigner Steiner Torres Jiménez. Nació a principios de 2002 en el estado fronterizo del Táchira, Venezuela. Comenzó a escribir en 2016 mientras cursaba estudios de secundaria, rodeándose de otros escritores de habla hispana, conviviendo y aprendiendo de ellos con el pasar del tiempo. Sus géneros son variados: cuentos y poemas que van del romance a la fantasía, de la crítica socio-política a la ciencia ficción, desde rozar lo *emo* hasta lo netamente introspectivo. Ha sido catalogado y apodado como “El poeta emo-distópico” por su estilo de narración particularmente oscura. Facebook: *Palabras-Borrosas*. Twitter: *@breignertorres*. Tumblr: *breignertorres.tumblr.com*



“El presidente se alejó a paso calmo, como si no hubiera dado la orden de exterminar a la humanidad.”

LOS HEREDEROS

JUAN PABLO GOÑI CAPURRO

EL PRESIDENTE PACMAN fue el último en arribar a la sala Azul en el segundo subsuelo del Centro de Nevada. Los semblantes de las personas que lo recibieron no dejaban espacio al optimismo. Se quitó el saco, se sentó en la cabecera y bebió agua fresca. Cuatro hombres maduros aguardaron que estuviera listo; el jefe del ejército, los ministros de Defensa y Relaciones Exteriores y el Secretario de Estado.

—Señores, ¿se ha confirmado la filtración?

—Por el momento, sólo *True USA* ha distribuido un artículo a sus suscriptores.

El presidente cerró los ojos; había hecho bien al traerse a su familia consigo, en ese mismo instante estaban acomodándose en sus dormitorios del cuarto subsuelo. El ministro de Relaciones Exteriores, Martin Scotto, continuó su informe.

—Creo que no deberíamos precipitarnos, todos conocen el amarillismo de *True USA*.

El Secretario de Estado intentó contradecirlo pero el mismo Pacman se hizo cargo.

—No podemos engañarnos, Martin. *True USA* es el servicio de noticias con más suscriptores, en primer lugar. Y, en segundo lugar, los demás medios investigarán la información. No es cosa menor que se denuncie la

construcción oculta de cien centros subterráneos, en este instante debe haber diez mil periodistas del mundo entero investigando. La batalla por el secreto está perdida.

Los cuatro funcionarios conocían las consecuencias de esa afirmación; debían actuar de inmediato. Como el presidente, se habían preocupado de guarecer a los suyos en el centro más cercano; sólo llevaban construidos siete de los cien previstos. Los emplazados en las zonas más desérticas y aisladas.

—Los militares deberán refugiarse en sus bases.

El general Prech asintió; las bases no estaban selladas, sería difícil que pudieran sobrevivir. El presidente continuó interrogando.

—¿Los aviones están cargados, general?

—Apenas supimos de la filtración, activamos el protocolo de emergencia. En cada base nuestra en el mundo están los bombarderos listos. Las tripulaciones desconocen qué contienen las cargas, han recibido órdenes de bombardear y luego encerrarse, por prevención.

—¿Estaremos aislados?

—Ministro Hannegan, ¿dónde ha estado usted este último año? Por favor, Richard, repítele el plan de refundación mundial.

Richard Bravo, sin disimular el fastidio que le provocaba la presencia del ministro de Defensa entre ellos, una concesión a los adversarios internos para mantener la mayoría parlamentaria, se aclaró la voz antes de su alocución.

—Señor Hannegan, hace tres años se estimó que la vida útil de la Tierra no sobrepasaría una década, a causa de la contaminación, la superpoblación y el agotamiento de recursos. Se diseñó entonces el plan de refundación mundial, a partir de la fumigación del Planeta con hematobacterias. Las bombas mencionadas son cápsulas que contienen miles de millones de

estas bacterias, que consumen sangre humana, exclusivamente. Su multiplicación es acelerada. Al ser lanzadas desde todos los puntos del mundo, los voraces microorganismos consumirán toda la sangre existente en el mundo en unas setenta y dos horas, como máximo.

Los presentes conocían el dato, sin embargo se estremecieron. Ya no estaban en fases de prueba ni en simulacros, se encontraban en la antesala del fin del mundo para casi toda la humanidad. Hannegan mantuvo su cabeza gacha; su referencia al aislamiento tenía que ver con el contacto físico con sus familias, estaba muy bien enterado del plan que el Secretario de Estado les repetía.

—Ni las comunicaciones, ni los sembradíos ni los animales se verán afectados. Dos días después del exterminio, las hematobacterias morirán casi al unísono, el planeta volverá a ser seguro para los humanos. La idea era preservar la vida de un millón de americanos en las ciudades subterráneas compactas, pero no hemos podido mantener el secreto y sólo sobreviviremos unos...

El Secretario se volvió al presidente. La cantidad dependía de la hora en que se efectuaran los lanzamientos; siete centros subterráneos podrían alojar a setenta mil personas; dependía del tiempo disponible que los escogidos tuvieran para arribar a sus alojamientos.

—Richard, ¿cuántos hay alojados en los centros en este instante?

El aludido pulsó unas pantallas, eludiendo la mirada de Pacman.

—Cerca de ochocientas personas, la mitad en este. Estimo que en unas dos horas...

—No tenemos dos horas. General, dé la orden de iniciar los bombardeos. Nos veremos en... cuatro horas.

El presidente Pacman se alejó a paso calmo, como si no hubiera dado la orden de exterminar a la humanidad. Los ministros corrieron a sus aposentos, a confirmar que sus familias no se habían alejado de sus refugios.

El general, sin inmutarse, manipuló el pequeño controlador inserto en su palma izquierda. Luego se marchó con paso cansino.

Richard Bravo fue el único que permaneció en la sala, desmoronado en su cómodo sillón, despidiéndose mentalmente del mundo conocido.

A ninguno se le ocurrió que los resultados pudieran diferir de los planificados.

* * *

Doce horas más tarde, el Centro Subterráneo de Nevada estaba poblado de cadáveres pálidos al extremo, consumidos. Quien recorriera las salas, las dependencias y las habitaciones, creería estar visitando un museo de cera. Pero nadie recorrería esos pasajes subterráneos.

Cien metros más arriba de la sala del comando, tres ancianos paiutes acabaron su ceremonia. Se quitaron los tocados de plumas blancas y caminaron hacia las camionetas estacionadas a cien metros; era su costumbre adentrarse en el desierto para fumar sus tradicionales pipas, las que los volvían inexpugnables según la tradición discutida por los más jóvenes miembros de la tribu. Sus esposas hacían lo mismo, en otro sitio apartado; que sus nietos pensarán lo que quisieran, el menor de los tres había cumplido doscientos tres años gracias a la protección del humo de la pipa.

Antes de despedirse, los tres se inclinaron otra vez hacia el extraño caño que sobresalía en la nada. Uno de ellos decidió que sería conveniente volver a colocarle el filtro que le habían quitado al encontrarlo, cuando pretendieron curiosear el conducto. Nunca imaginaron que ese gesto les dejaría la Tierra en herencia. 🏠

Juan Pablo Goñi Capurro. Publicó: “La mano” y “A la vuelta del bar”, 2017; “Bollos de papel”, 2016; “La puerta de Sierras Bayas”, USA, 2014. “Mercancía sin retorno”, La Verónica Cartonera. “Alejandra” y “Amores, utopías y turbulencias”, 2002. Premio Novela Corta “La Verónica Cartonera” (España), 2015, y ganador de varios concursos internacionales de cuentos y de microrrelatos.



“Su ciclo biológico podría visualizarse como un puñado de arena al que pronto se lo lleva un fuerte viento.”

ENSAYO COMETA

VÍCTOR ANDRÉS PARRA AVELLANEDA

I

EL GRANO PROVOCADO por la picadura de mosquito no sanaba. En un inicio era una bola que con el rascar se aliviaba momentáneamente, una catarsis de sensaciones nerviosas que agravaban más la magnitud del cuadro clínico. El grano se transformó rápidamente en roncha y el paso de las uñas por la irritación provocó que la epidermis se rompiera y se despararrara un poco de pus y sangre. La semana se fue y la roncha seguía igual. Pasó otra semana y nada, la herida estaba inalterada y la comezón aumentaba su intensidad.

Entre las patologías que daban posible respuesta a lo que le estaba ocurriendo a su piel estaba la hipótesis de que el mosquito era vector de *leishmaniasis*. Otros días se fueron volando y notó que la piel se le agrietaba, produciendo una notoria descamación. No lograba repararse y una gran preocupación llegó a su conciencia al ver que tanto su piel como las capas inferiores de tejido eran víctimas del mismo fenómeno, se desquebrajaban como polvo. Un color oscuro y un olor fétido delataban lo que parecía ser una necrosis masiva en su cuerpo. Por todos lados, los tejidos se abrían y el rojo vivo de la sangre escapó de sus músculos. El cuero cabelludo se reseco y, como en las demás partes del cuerpo, se descarapeló intensamente hasta dejar al descubierto el cráneo. Huecos, huecos y más huecos en cada sección de sus tejidos.

II

La locura lo dominó rápidamente. En un inicio los médicos pensaron que podría tratarse de rabia, sin embargo, no había babeo ni agresividad; y la locura parecía ser algo aleatorio, inespecífico. Casi no había rastro de piel en su cuerpo, y sus músculos comenzaban a mostrar signos de querer desprenderse de sus huesos. El examen de su sangre mostró que sus glóbulos rojos habían adoptado estructuras altamente patológicas, sus glóbulos blancos mostraban una tasa de apoptosis alta. Se sospechó de anemia, o una extraña variante de leucemia. Para verificarlo, mandaron una muestra de sangre periférica a un laboratorio de biología molecular para teñir a las células con anexina 5 y, posteriormente, someterlas a un estudio de citometría de flujo.

III

—Un gran número de vías de señalización celular están gravemente afectadas —dijo un médico.

—¿Por eso la alta tasa apoptótica? —preguntó otro médico.

—Así es. Sus proteínas de membrana están alteradas, muy dañadas como para ser estables. Casi todas las células analizadas muestran lo mismo.

—¿Casi todas las células analizadas?

—Sólo nos hemos enfocado en células del tronco y de la sangre.

—Será necesario verificar si no existe el mismo daño en los cigotos. Ah, otra cosa: también será indispensable realizar una tomografía del encéfalo. Quiero saber qué es lo que tiene ahí adentro.

IV

—Todo está destruido, todo está alterado. Las células madre de las gónadas están muertas. Hay esterilidad.

—¿Que mostró la densitometría ósea?

—Degeneración importante del tejido óseo. Técnicamente tiene un cuadro avanzado de osteoporosis.

—¿Qué resultados dio la tomografía computarizada del cerebro?

—Apoptosis generalizada. Pensamos que podría ser algún cuadro infeccioso de priones o incluso, tal vez, un glioma cerebral, pero no es así. Hay una gran abundancia de células muertas, las imágenes muestran en todo el cuerpo encefálico presencia abundante de huecos oscuros.

V

Ha muerto. El cuerpo se degeneró rápida e inexplicablemente. Uno de los médicos, ante la consternación, propuso realizar una prueba cometa con parte de tejido del fallecido. Los resultados de tal examen revelaron un patrón similar al de un cometa, lo cual indicaba pérdida importante del material genético del paciente. El ensayo fue reproducido para distintos tipos de tejido, resultando en lo mismo: el DNA del paciente había sufrido daños irreparables.

VI

Toda una civilización se desmoronaba. Algo le había ocurrido a los árboles, pues comenzaban a marchitarse tempranamente y otorgaban frutos amorfos, aberrantes. También le ocurría lo mismo a diferentes animales e incluso hasta a las bacterias. Cada vez vivían menos. Su ciclo biológico podría visualizarse como un puñado de arena al que pronto se lo lleva un fuerte viento. Para cada ente biológico la existencia se volvió efímera; cada generación engendrada vivía menos y menos; cada generación perdía su forma y, pronto, se terminaba extinguiendo como se extinguen las luces de las velas en la oscuridad.

De empezar como casos aislados y extravagantes, muy poco frecuentes en la historia médica, la incidencia de la pérdida del material genético se volvió una epidemia en todas las escalas de la vida. Ningún ser viviente fue exento a desaparecer en un periodo de tiempo tan corto. ¿Habría sido la bioacumulación de agentes mutágenos?, ¿habrá sido acaso el cambio de pH de los océanos?, ¿o la lluvia de radiación cósmica que la ausencia de atmósfera permitió pasar?

Tal vez fueron todas estas hipótesis en conjunto las causantes del efecto cometa generalizado en cada ser vivo del Planeta.

Poco a poco, año tras año, ningún genoma permaneció estable, ninguna célula fue viable, ningún organismo pudo reproducirse y la vida encontró pronto su desaparición.

El mundo llegó a su fin, irónicamente, como lo anunciaban cientos de profecías antiguas: por obra de un cometa, un cometa que mostraba como la esencia de la vida ya descompuesta volvía a formar parte del mundo de la materia química inorgánica. 🌩

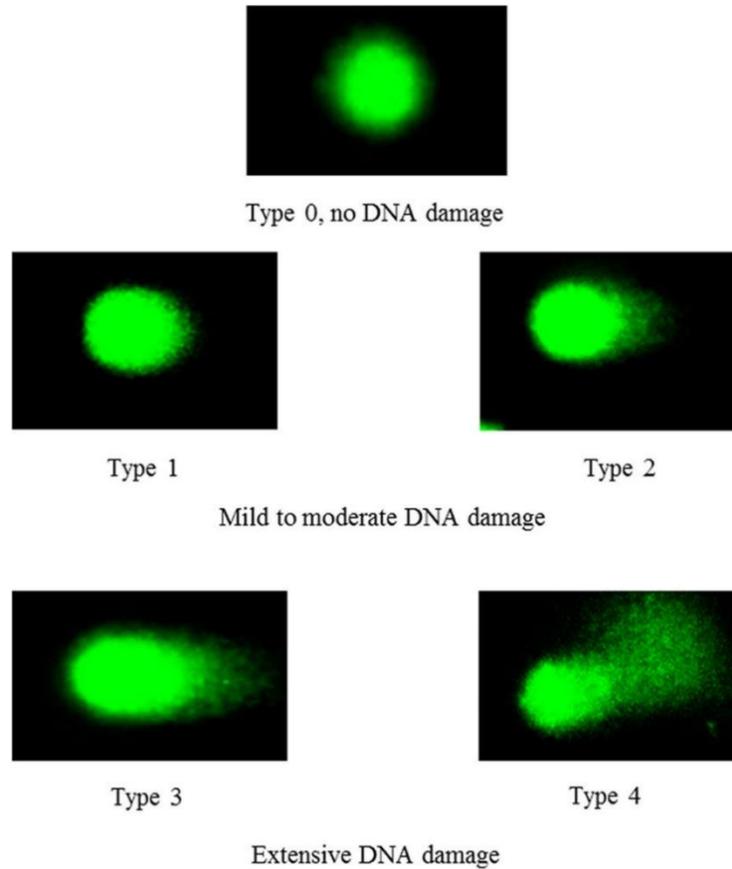


Imagen tomada de: Kondratyuk, T. P., Adrian, J. A. L., Wright, B., Park, E. —J., van Breemen, R. B., Morris, K. R., & Pezzuto, J. M. (2016). *Evidence supporting the conceptual framework of cancer chemoprevention in canines*. *Scientific Reports*, 6(1). doi:10.1038/srep26500

Víctor Andrés Parra Avellaneda. Tepic, Nayarit, México. 1998. Estudiante de Biología en el CUCBA en la Universidad de Guadalajara. En 2018 publica en la Revista Literaria *La Sirena Varada* (no. 6, no. 8, no. 14 y anual no.2), Revista *Awen* (no. 4), Revista Literaria *Ibidem* (no.3 y 4), Revista literaria *Prosa* (no.7), Revista literaria *Luna* (no.4), Revista Literaria *Nudo Gordiano* (no.3), *El Narratorio* (no.33 y no.34), Revista Literaria *Kaleido* (no.6), *El Callejón de las Once Esquinas* (no.8) y *Espejo Humeante Fanzine* (no. 1.5). En 2019, publica en Revista Literaria *Ibidem* (no.5) y *El Narratorio* (no. 35).



“Lo que recuerdo como si fuera hoy mismo era aquel ser gigantesco con su manto y armadura; su altura de dos metros diez lo hacía parecer un semidiós griego.”

UN NUEVO INTENTO

VÍCTOR GRIPPOLI

MI NOMBRE ES TEUTOBURGO. Yo he nacido luego del fin del mundo. No he visto ni las grandes ciudades del hombre ni sus logros. Ni siquiera su decadencia. Durante veinticinco años viví bajo tierra en una de las últimas urbes secretas de Sudamérica. El miedo a salir, el miedo a morir de hambre, el miedo a perder todo lo que he amado. Esas son las constantes del mundo en el que me he criado.

Pero no nos rendimos. Cayeron las bombas en muchos lugares. Grandes partes del Mundo son páramos radioactivos. Luego fueron liberadas Las Plagas y también luchamos contra esas abominaciones. Mis padres, mis abuelos, fueron guerreros de pura cepa. Valerosos hombres y mujeres del Clan del Sur. Ellos me enseñaron a cazar en los páramos. Me enseñaron a leer los textos de la vieja lengua cuando los hombres escribían en papel o en sus máquinas portátiles y vivían en paz. Ellos ya no están conmigo. Cayeron en la batalla del Perú contra Friederich y sus hombres. No fue en vano. Trajeron una de las claves para nuestro intento final. Mientras La Anomalía brille en el cielo habrá esperanza.

Me encontré con mi amada Claudia en el túnel de salida de nuestro refugio subterráneo. Teníamos un auto blindado para ir hasta el centro espacial secreto y abordar la nave estelar. Años de planificación y sacrificios no iban a ser desperdiciados. Claro, es fácil imaginarlo pero no vivirlo. Las horas que sufrí a continuación fueron el fruto perverso de una pesadilla.

Aquella muchacha tan bella que se había criado conmigo en el campo de batalla manejó por la ruta escondida entre el bosque púrpura... tal vez fruto de las armas biológicas de Friederich. Pasando la masa arbórea se encontraba nuestra instalación semienterrada. El súper cohete era previo a la devastación final pero pudimos reconstruirlo y cambiar las partes gastadas por nuevas de factura artesanal. Hicimos lo mismo con una de las lanzaderas que fue ocultada por uno de los padres de la resistencia. Aquel hombre barbado sí que había sido un profeta, sabía que esa luz extraña en el cielo era la clave de todo esto. Antes de ser asesinado dejó cientos de manuales y fichas para que nosotros, décadas después, pudiéramos hacer funcionar el complejo.

Debo admitir... pensábamos que el plan era perfecto. Que era imposible que nos hallaran en esta zona tan remota. Estábamos equivocados. Un hombre que creó las peores armas biológicas en contra de su propio país y parte del arsenal nuclear para asolar el Mundo, y que luego ni siquiera se declaró rey sino que simplemente siguió asesinando y saqueando, debía de tener un poder especial, como decían los viejos. Era imposible derrotarlo. Usaba la anomalía para saberlo todo... en el presente. No en el pasado. El pasado era la clave.

Nuestros compañeros comenzaron a disparar desde las torretas. Los hombres de Friederich con sus máscaras de lobo avanzaron raudos y sin miedo, destrozaron nuestra defensa perimetral. Mientras yo trataba de avanzar hacia la nave que era mi destino, divisé los globos de batalla de nuestros enemigos. Desde el cielo nos arrojaron aceite hirviendo y más compañeros de la resistencia murieron quemados.

—¡Claudia! Tienes que seguir. Voy a resistir aquí. Sube a la nave —le dije.

—No. Carezco de tu conocimiento de los algoritmos del tiempo. Eres más valioso que yo para la misión.

—No es así. Advarico también los conoce. Vamos, no puedo perderte...

Apenas terminé de pronunciar aquello, el tanque en donde venía Advarico y el resto de la tripulación estalló en una masa de fuego. Ya sólo quedábamos ella y yo... el intento de batallar contra la horda era inútil. Lo que recuerdo como si fuera hoy mismo era aquel ser gigantesco con su manto y armadura, su altura de dos metros diez lo hacía parecer un semidiós griego. Era Friederich en persona, con sus dos pozos negros como ojos. Aquellas ventanas vacías sedientas de destrucción... y luego... el sonido de una bala entrando en la carne, rajando la piel y las entrañas.

Alguna bala perdida había impactado en Claudia mientras entrábamos al ascensor que nos llevaría a la lanzadera. Las inteligencias artificiales ya habían iniciado la secuencia automática y se sacrificarían en la batalla final para que yo pudiera ascender. Mientras yacía entre mis brazos y sangraba copiosamente, los vi marchar con sus rifles en mano y mirada serena hacia su fin.

—Es hora de irte. Eres la única esperanza de la humanidad. Vete. Vuela hacia La Anomalía y cambia la línea de tiempo. Tenemos que eliminar a Friederich para que quede una esperanza en el mundo.

—Te amo. Siempre te he amado... tal vez nos encontremos en algún lugar del tiempo —cerré sus ojos cuando ya no quedaba hálito de vida en su cuerpo y acto seguido corrí hasta introducirme en la cabina de la lanzadera.

Ya con el cinturón puesto se encendieron los motores y salí despedido hacia el cielo. Sin duda trataron de detenerme pero las inteligencias artificiales remanentes y mis amigos les dieron batalla hasta morir despedazados. Siempre los llevaré conmigo.

Me desprendí del cohete principal y ya con el control en mis manos dirigí la nave hasta aquella masa luminosa que flotaba hace décadas en la cercanía de la Tierra. Conecté la secuencia de alteración temporal deseando que nuestro fundador no se equivocara. Esta era la última oportunidad que nos quedaba: viajar treinta y cinco años hacia el pasado, cuando la anomalía no estuviera, y llegar a esa ciudad.

Mi amarizaje fue un completo desastre. La lanzadera terminó hundiéndose al fallarle uno de los flotadores. Pero eso estaba dentro de lo planeado. Nadie me detectó y estaba en el pasado. Justo donde debía estar... escondí la balsa en la playa y caminé por una ciudad humana en su gloria. Era de mañana... fui a la escuela, como decía mi libreto.

Ahí estaba el niño de seis años. Todavía inocente. Tomé mi pistola, le disparé en la cabeza sin ser visto y hui. 🐾

Víctor Grippoli. (Montevideo, 1983) Artista plástico, docente y escritor. Editor en Editorial Solaris. Participa en la antología *Cuentos Ocultistas* (Editorial Cthulhu, 2016); Revista *Letras y Demonios* (Núm. 1, 2, 4 y 5; 2016, 2017 y 2018); *Nictofilia* (2017, 2018); *Antología Horror Bizarro* (Editorial Cthulhu, 2017); *Antología Horror Queer* (Editorial Cthulhu, 2018); *Antología poética* (Editorial Solaris, 2018); *Entre las lágrimas de acero* (Editorial Solaris, 2018); *Laberinto de Posibilidades* (Editorial Solaris, 2018); *Puertas del Infinito* Volumen 1, 2, 3 (Editorial Solaris, 2018); *Los conectores de dios* (Editorial autores de Argentina, 2016 / Editorial Solaris, 2018); *Sombras* (Editorial Solaris, 2018); *El monstruo era el humano* (Editorial Cthulhu, 2018); Revista Literaria *Luna* (Antología de Ciencia Ficción); Revista *Líneas de Cambio* (Editorial Solaris, 2018). *Pen Bolivia. Antología de Ciencia Ficción Neo Indigenista* (2018). Revista *Aeternum* (Aeternum, 2018); *Gritos y pesadillas* (Antología benéfica de relatos de horror, LLEC, 2018); *La Alianza Sudamericana* (Novela) (2008), re editada en 2018 por Editorial Solaris.

EN PAUSA

ERNESTO TANCOVICH

—NO ENTIENDO —dijo el gordo.

—No se trata de entender —dijo el alto.

—Ya no —dijo el viejo.

—Mi casa —volvió a decir la mujer.

El de lentes no dijo nada. Pensaba.

Tampoco yo dije nada. Prefería no pensar.

El viejo nos semblanteó a uno por uno.

—Seis —dijo—. Seis sobrevivientes.

—No diga sobrevivientes —objetó el de lentes—. Puede que los otros no estén muertos. Solamente quietos. En pausa.

Y enlazó en un ademán las figuras inmóviles del tipo del mostrador, el mozo y el de la mesa.

—Seis. Ya irán apareciendo otros —especuló el viejo—. Hay dos clases de gente: los que se esconden y los que salen. Eso aprendí en la guerra.

Bien, yo era de los que al oír un tiro corren a mirar. Dos horas antes, cuando el repentino silencio hizo que temiera haber quedado sordo, había ganado la calle.

Al primero que vi fue al diariero, en la silla de siempre, los ojos abiertos como si hubiesen alcanzado a ver algo. La radio, a su lado, dejaba oír el crepitar de la estática. En la parada tres personas hacían fila. Reconocí entre ellas a Susy, la gordita del 5° C. Esperaban un 203 que no llegaría. Ha-

bía chocado la columna del semáforo media cuadra antes. A través del parabrisas astillado se vislumbraba la calva del chofer, volcado sobre el volante.

Entré al supermercado. El vigilante permanecía firme en la puerta, con la sonrisa congelada; las cajeras, en sus puestos. La rubita aún sostenía una tarjeta de banco y la cliente, el bolígrafo, suspendido a cinco centímetros del tique.

En los pasillos algunos empuñaban la barra del carrito. Me recordaron las esculturas hiperrealistas de Hanson. En el museo que las tuviese sería imposible distinguir entre obras y visitantes. Una mujer se disponía a cargar el tarro de café elegido media hora antes. Eran la humanidad copiada en poliuretano. El silencio aturdía.

A las tres cuadras, en la esquina de Boyacá, encontré a ese tipo alto, en posición de vigía. Tenía un libro apretado contra el pecho.

—Parece que somos dos —dijo.

Se inclinaba al hablar como temiendo que las palabras, pasando de largo por encima de mi cabeza, se perdieran en el silencio.

—No hay dos sin tres —contesté, por decir algo sin decir nada.

Echamos a andar. Vimos a la mujer, yendo sin rumbo, zigzagueante, con expresión atontada.

—Me llamo Delia Mendizábal. Tengo cuatro años. Vivo en Condarco 2715, piso primero —recitó en una vocecita sin inflexiones.

Al viejo lo encontramos en un banco de la plaza, matando tranquilamente el tiempo; y al de lentes, ocupado en tomar fotos. Se sobresaltó al percibir que nos movíamos. El gordo salió de un zaguán al oírnos.

—Pensé que yo era el único —dijo en tono de disculpa.

Después de vagar unas cuadras entre figuras inanimadas habíamos recalado en ese café. El dueño apretaba un repasador, fija la mirada en algo que ya no estaba. Al único cliente se le había consumido el cigarrillo entre

los dedos, dejando en la mesa una línea entrecortada de ceniza. El mozo había sido interrumpido en el acto de cargar la bandeja.

El viejo, ignorándolos, trajo a la mesa vermut, un sifón, vasos y una chocolatada para la mujer.

—Soda nomás —dijo el alto. Y puso sobre la mesa el libro, una Biblia muy trajinada—. La necesitaremos para orientarnos.

—¿Estarán de verdad muertos? —dijo el gordo.

El de anteojos agitó una mano ahuyentando la palabra.

—Parecen más bien en estado de catalepsia.

—¿Podrán revivir? —insistió el gordo.

—Quizá sí, quizá no —y encendió el celular—. Veamos esto.

Fue pasando fotos. Gente detenida en la calle, asomada a ventanas, en posturas dislocadas dentro de autos chocados, alguno caído con la bicicleta. Y un perro.

—Éste también quedó clavado en el momento. Temo que el fenómeno haya afectado a animales y plantas. A todo lo que vive. También a los microorganismos. Al fin y al cabo somos un conglomerado de bacterias.

De pronto, en un giro del punto de vista, me asaltó la idea de que los muertos fuésemos nosotros. Pero no quise decirlo.

El alto abrió el libro en las últimas páginas.

—Resucitarán. Está escrito en el plan.

Los ojos del gordo se animaron.

—Resucitarán ¿Cuándo?

—Solamente Él conoce el día y la hora.

Pasó la uña por una línea y después por otra, dos páginas adelante.

—Podrán ser tres días o mil años.

—Mil años —dijo el viejo, y rio de mala gana—. Quién sabe si llegaremos al tercer día.

—Las resurrecciones serán dos. Eso está claro —dijo el alto— ¿Ven? Acá lo dice. En la primera revivirán los que no adoraron falsos ídolos.

Ahorrando palabras, apartó las monedas de una propina que no llegó a ser recogida.

—Los inocentes y los que atendieron a tiempo la Palabra.

El gordo se inquietó. El viejo se había quitado la boina y miraba el interior como buscando algo.

—El fin del mundo —dijo—. Estuve ahí antes. La guerra enseña muchas cosas.

—Todo final anuncia un nuevo comienzo —dijo el alto—. Después del día séptimo retorna el primero. Una y otra vez, infinitamente. El Creador es lo único eterno.

—El fin del mundo —siguió diciendo el viejo— ocurre todo el tiempo, en todas partes. Esta vez pegó con más fuerza, eso es todo.

Dejamos el bar, caminamos. Ya no me espantaba el estado de anestesia emocional en que habíamos caído. Por el contrario, sentí que nos resguardaba. Las cosas comenzaron a parecerme naturales, ordenadas, menos absurdas que antes.

La mujer, lagrimeando, insistía.

—Mi casa.

Le sonreí. Una niñita perdida, de unos cuarenta años.

Se tomó de mi mano, confiada.

En un puesto de diarios conseguí una guía de calles. Condarco quedaba a unas veinte cuadras.

A poco andar sentí que era ella quien me guiaba. Llegamos a Condarco. La dirección no existía.

Entonces supe que la distancia a recorrer hasta la puerta de salida sería inmensamente mayor a la indicada en cualquier mapa.

Y hacia allá fuimos. 🐾

Ernesto Tancovich. (Buenos Aires, 1945) Escribe desde 2014, por lo tanto autor tardíamente novel y prematuramente póstumo. Entre otras distinciones: Finalista Provincia de Córdoba (poesía). Dos veces finalista Universidad de Cali (narrativa). Publica asiduamente en revistas de Argentina, México, Colombia, España y E.E. U.U. Puede ser leído en su página de Facebook *@letrasdetancovich*

*“La anciana reunió los magros ingredientes
de que disponía e intentó hacer una torta
como las que hizo durante toda su vida.”*



EL ÚLTIMO MANZANO

SILVIA ALEJANDRA FERNANDEZ

Estoy solo y no hay nadie en el espejo.

JORGE LUIS BORGES

*Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva,
porque el primer cielo y la primera tierra pasaron,*

y el mar ya no existe.

APOCALIPSIS 21:1

LA ANCIANA y la niña caminaron rodeando el lago. Andaban con lentitud, casi arrastrando los pies por el camino. El apuro y el ajetreo eran cosas del pasado; las reglas y parámetros del transcurrir del tiempo habían cambiado.

La mujer madura llevaba sus cabellos rubios, algo canosos ya, recogidos en una larga trenza. La niña, que quizás fuese algo mayor de lo que aparentaba, tenía el cabello muy corto y algo desparejo. Mientras andaban, la joven recogía algunas manzanas pequeñas y arrugadas.

El paisaje de los alrededores, antes de una vegetación exuberante, era ahora un páramo con pocos árboles aún en pie. Ya no se oía más que el sonido de los pasos de las mujeres y el silbido del viento.

La abuela miró el horizonte; no podía disfrutar de la puesta de sol sabiendo que pronto se acabarían los alimentos que disponían. Hasta el manzano estaba dando sus últimos frutos.

La Tierra agonizaba; la vida no terminaría hoy ni mañana, pero lo haría pronto. Estaba sobrepoblada y la escasez de espacio y de alimentos era alarmante. En un intento de controlar los nacimientos, un grupo de científicos respaldados por la ONU, alteraron genéticamente una enzima, la ARN-582B, que reduciría la tasa de natalidad.

Ese catalizador, en principio, era inyectado en mujeres gestantes o que ya habían sido madres. Ante la imposibilidad numérica de llevar esta enzima a todas las mujeres del planeta, dieron un paso más allá; liberaron un microorganismo portador de esta enzima en los principales cursos de agua, en los mares y océanos. Pronto el microbio se esparció por todo el mundo.

La natalidad se redujo de forma drástica y en pocos años se recuperó la esperanza. Con menos nacimientos, los recursos del planeta volverían a alcanzar para satisfacer a todos.

Hacia mediados del 3017 se hizo evidente que la situación se había salido de control. Las mujeres nacían estériles. La ARN-582B seguía recombinándose y modificándose por sí misma. La infecundidad comenzó a extenderse por todos los reinos de seres vivos de la Tierra.

Demasiado tarde comprendieron los científicos que no se puede jugar a ser Dios.

Las dos mujeres llegaron a la cabaña donde vivían y contaron las manzanas recogidas. Apenas siete, y éstas serían las últimas.

Las plantas que aún vivían, solían dar flores esporádicamente pero, sin insectos que las polinizaran, éstas se secaban y caían sin dar frutos. De todas formas, la mayoría de las plantas ya no florecía.

—Hoy haremos una tarta de manzanas y usaremos esa lata de leche condensada que hemos estado guardando —aseguró la abuela, intentando animar un poco a la joven.

—Como digas, Nana. Aunque creo que sería mejor guardarla —replicó la niña.

La anciana reunió los magros ingredientes de que disponía e intentó hacer una torta como las que horneó durante toda su vida. Pero sin más que un poco de harina, algo de aceite y las manzanas, el resultado fue un bollo apelmazado con poco sabor.

«Si tuviera huevos y un poco de azúcar, habría estado mejor», pensó, mientras las lágrimas rodaban por sus enjutas mejillas.

La joven la miró y notó la extrema delgadez de la anciana. Se dio cuenta de que su Nana había estado comiendo poco y nada últimamente.

«Por darme de comer a mí. Dejé de alimentarse por mi culpa. ¡Si ambas vamos a morir en poco tiempo!». Ese pensamiento produjo en la niña un dolor profundo; la rabia contenida durante toda su vida explotó. Y sintió odio por aquellos que habían llevado a las personas a ser el despojo que eran las que aún sobrevivían. La joven sintió que le habían robado todo lo que la hacía humana. Crecer, ir a la escuela, enamorarse o no, salir a bailar, conocer gente, tener hijos.

—Mañana iremos al lago y haremos un picnic. Como los de antes; llevaremos la tarta, la lata de leche y usaremos el radiograbador para oír música. Nos merecemos tener un rato de felicidad —dijo la anciana, secándose las lágrimas.

El día amaneció esplendoroso. Un sol cálido se reflejaba en el agua del lago y, por un momento, ambas mujeres se sintieron bien.

La niña-joven desplegó un mantel a cuadros sobre la tierra y puso encima, una en cada esquina, piedras para evitar que se volara. Acomodó la tarta y dos vasos sobre la tela, y se sentó.

La anciana le sonrió y cortó dos trozos del pastel, uno para cada una. A pesar del calor de la mañana, la abuela estaba pálida y respiraba con dificultad. Grandes ojeras violáceas enmarcaban sus ojos y sus labios comenzaron a tomar el color de los arándanos maduros.

La mujer miró el lago.

—¿En qué piensas, Nana?

—Por un momento se me ocurrió que somos los únicos seres humanos disfrutando de un picnic —respondió, recostándose contra el tocón roído de un árbol.

La anciana cerró los ojos, suspirando brevemente.

—¿Puedes sentir la brisa? Es tan agradable estar aquí. Quizás yo sea la última abuela que existe...

La anciana no terminó la frase. La muchacha se acercó y vio que su Nana se había quedado dormida. Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de la mujer. La joven comprendió que su abuela se había ido, extinguiéndose sin emitir ni un gemido. Y se sintió sola, más que nunca en su vida.

—Quizás sí, abuela. 🍄

Silvia Alejandra Fernandez. Escritora argentina de ciencia ficción y terror. Editora en *DesafíosLiterarios.com*, en las secciones «¡Larga vida a la ciencia ficción!» y «La sección más espeluznante», y en *Espejo Humeante Fanzine*. Seleccionadora y correctora en revista *Senderos*. Algunas publicaciones: “Amaneció lloviendo” (Revista *Penumbría* N° 41). “La oscuridad que vino del sur” (Revista *Penumbría* N° 43); “El cuaderno de Wladislaw” (Antología *Voces cruzadas*, Editorial Dunker); “La secuencia exacta” (Revista *Ibidem* N°3); “Entregas especiales” (Revista *Espejo Humeante* N°1).

UNA NUEVA ORGANIZACIÓN

LUCIANA ELSA BONZO SUÁREZ

MICAELA, TOMÁS Y BLAS, los tres hermanos que perdieron a sus padres tras la última guerra, caminaban entre los escombros de lo que fue su ciudad.

Eran apenas unos niños y se juraron lealtad.

—Siempre juntos.

—Sí.

—Siempre. Y nunca confiemos en los adultos. Ellos destruyeron todo —añadió Blas.

Todos estuvieron de acuerdo.

Habían pasado tres días desde el cese del fuego. No se escuchaban ruidos pero aún la nube de polvo no se había asentado y el olor empeoraba. El aire se tornó irrespirable.

—Tenemos que irnos. Busquemos otro lugar —sugirió Tomás con caminos de lágrimas secas en su cara sucia.

—Yo voy a dibujar un mapa por si alguna vez queremos regresar —dijo Micaela.

—Tengo hambre y me duele la cabeza —se quejó Blas.

Su hermano mayor lo abrazó.

—No pienses en eso ahora. Ya se me va a ocurrir una idea.

En los límites de su antiguo barrio encontraron un árbol de moras. No lo podían creer. A pesar de no contar con fuerzas corrieron hacia él. Sus manos y sus bocas pronto se tiñeron de púrpura.

Micaela dibujó un árbol y lo pintó de morado. Al pie del mismo anotó un número: tres, las horas que calculaba habían tardado en llegar hasta el paraíso. Llevaba una mochila con sus útiles escolares.

Caminaron unas horas más sobre hierros retorcidos, montañas artificiales surgidas de los restos de edificios y vehículos. Sus ojos ya se habían acostumbrado a ver cadáveres por todos lados. Nada se movía.

—Tuvimos suerte. ¿Se dieron cuenta que no quedan muchos árboles?
—observó Micaela.

—Es verdad.

La noche los sorprendió con el brillo de las dos lunas: la natural y la que había lanzado China unos años antes del inicio de la guerra. Las nubes oscuras se encandilaban con los rayos azules y blancos. Los truenos aterraban a los pequeños. Irrumpían el silencio y les recordaban a otros ruidos estrepitosos e igual de incontrolables por su parte.

Dentro de un colectivo destartado escucharon sonidos. Dieron unos pasos en esa dirección. Tomás iba delante de los otros. Empuñaba dos cuchillos que había sacado de su mochila.

—Llévalo a Blas lejos —le susurró a Micaela.

Se escuchaban voces. Tomás tosió y se maldijo. Evidentemente lo habían escuchado. Las personas del colectivo habían dejado de hablar. Por una ventanilla sin vidrio asomó los ojos un niño. También estaba asustado. Frunció el entrecejo y sus ojos rasgados se notaron como dos líneas.

—¿Quién es? ¿Qué busca? —desde el interior preguntó una mujer irridada de voz aguda.

Tomás se acercó. Se presentó primero con el chino. El niño no era mayor que su hermano. No le respondió el saludo pero no dejaba de mirar los cuchillos que todavía sujetaba. Cuando comprobó que con el pequeño sólo había una mujer desarmada, guardó los cuchillos.

Silvia, la mujer, estaba lastimada y apenas podía moverse: tenía un corte profundo en la pierna y, si bien ya no sangraba, se le había infectado la herida. Lo miraba con ojos vidriosos y temblaba ligeramente.

Tomás sacó una botellita de agua de su mochila y, esperando que no se la acabase, le ofreció un poco. Después, mostrándose seguro, le hizo una incisión muy cerca de la lastimadura cicatrizada solo parcialmente. Ella se desmayó. Tomás cortó una tira de su remera e improvisó un torniquete.

El chino comprendió que el muchacho sólo quería ayudar. Pensaba muy bien las palabras. Cuando no sabía cómo se decía algo en castellano, usaba el mandarín. Se llamaba Kevin y había llegado a la Argentina con su familia huyendo de la guerra, hacía dos meses.

“Dos meses. La más destructiva de las guerras duró dos meses. Destruyeron todo ¿por qué?, ¿para qué?”, pensó Tomás.

Los chicos chocaron puños y el mayor salió a buscar a sus hermanos. Ellos a su vez habían conocido a Martina y a Valentín. Hablaban todos muy animadamente. Micaela y Blas sonreían por primera vez en mucho tiempo. Tomás les contó acerca de Silvia y de Kevin.

—No podemos dejarlos solos pero, la mujer está con mucha fiebre. No creo que pueda caminar —dijo Tomás—. Además, ¿cómo vamos a encontrar comida?, ¿dónde?

—Por el momento no tenemos que preocuparnos por eso —intervino Martina—. Yo tengo un montón de latas de conserva, paquetes de galletitas...

—¿Podemos comer? —preguntó Micaela ansiosa.

—Claro —respondió Martina y abrió dos paquetes.

—Y yo tengo botellitas de agua y jugo —participó Valentín.

—¡Qué bien, chicos, están muy bien preparados! —los felicitó Tomás y volvió a agarrar otra “Vocación”.

—Pará, ¿cuántas comiste? —preguntó Blas.

Su hermano mayor lo miró con fastidio. Y cambió de tema.

—Chicos, no sabemos cuántos adultos sobrevivieron pero no vamos a dejarnos dominar. Decidiremos qué es lo mejor para nosotros mismos y para nuestra casa.

—¿Qué casa? —preguntó Valentín con lágrimas en los ojos.

—El Planeta, Valen —aclaró Martina.

Esa noche pernoctaron en el colectivo. Martina y Valentín miraban recelosos a Kevin.

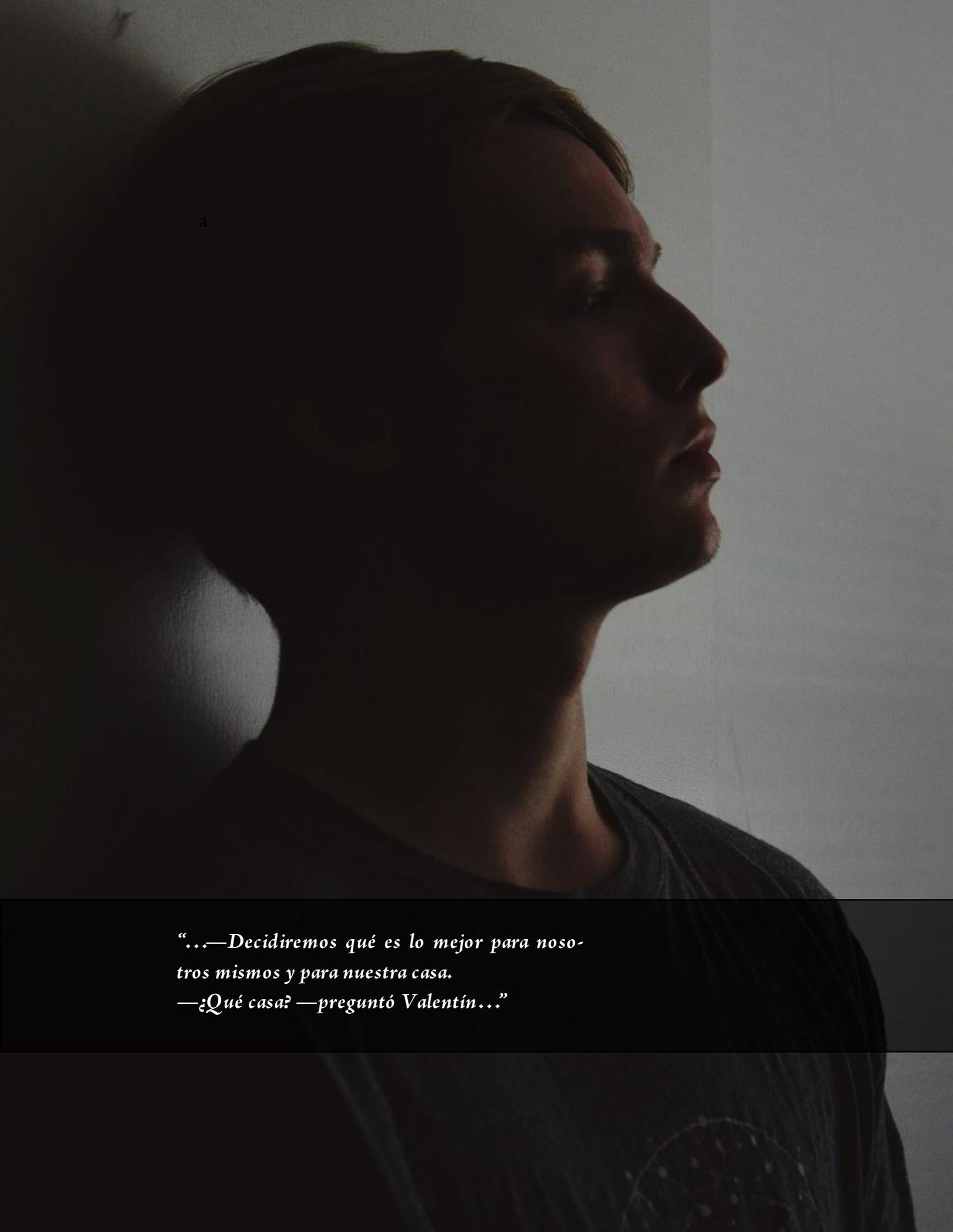
—En su país empezó todo —murmuraban.

—Es un chico que perdió a sus padres igual que nosotros. No es el enemigo.

—Es de otro país.

—No existen más países. 🌪

Luciana Elsa Bonzo Suárez. Escritora italoargentina. Escribe relatos de terror, ciencia ficción, policiales, de suspense y algunos eróticos. También, novelas que espera pronto vean la luz de los escaparates. bonsuaescritora.blogspot.com



*“...—Decidiremos qué es lo mejor para nosotros mismos y para nuestra casa.
—¿Qué casa? —preguntó Valentín...”*



Nuestro segundo invitado para este número, Michel Deb, de profesión Informático, fue guitarrista y letrista de la banda chilena La Recoleta. Escribe artículos periódicamente para la revista digital de ciencia ficción española Planetas Prohibidos y la revista chilena digital Dos Disparos. Para este segundo número de Espejo Humeante comparte con nosotros una reflexión sobre los límites de lo humano tras el fin del mundo.

LA CONCIENCIA DEL METAL

MICHEL DEB

—¿SABES QUE PARA MUCHOS lo que haces está fuera de toda norma? Podrían desactivarte y usar tus piezas para muchas cosas. Me refiero a que tu existencia no significaría nada y todo tu esfuerzo sería en vano, lo cual es una lástima, ya que has invertido tantos años tratando de encontrar la solución a todo esto. Tienes una imaginación bastante desarrollada para ser un organismo diseñado para labores de recreación. ¿Dónde fuiste construido o, mejor dicho, dónde fuiste puesto en marcha la primera vez? —el sonido de un insecto caminando muy despacio distrajo su atención un segundo.

—¿Sabías que las cucarachas no son nativas de este lado de la galaxia? Fueron traídos en los navíos de transporte con los primeros colonos. Unos humanos del grupo ejecutivo pensaron que era buena idea traer criaturas nativas de la Tierra para hacer más amigable el entorno en los primeros años de colonización. Nadie supo cómo se adaptaron a los ambientes de ingravidez y mucho menos su resistencia a las altas dosis de radiación que hay en esta parte de la galaxia.

—Muy interesante tu aporte sobre insectos, pero no cambies de tema. No contestaste mis preguntas —mientras se miraba las manos para reemplazar algunas falanges que se veían deterioradas, articuló palabras con su habitual tono.

—Fui activado por primera vez en la nave de transporte Dellos. Ingresaron mis programas primarios y me asignaron esta ubicación. Eso fue seis

años antes de los ataques. Mi asignación realmente no fue para entretenimiento, fui programado como asistente de navegación para misiones de reconocimiento. Los infantes militares me utilizaban para hacer los trabajos pesados; gracias a eso pude aprender sobre sus emociones, relaciones personales y su fascinante biología. Creo que en esa época comencé a amarlos y apreciarlos por lo que son. Por esa razón nació en mí el anhelo de ayudarlos a toda costa, sé que su potencial está oculto en alguna parte, quizás en eso que llaman alma.

—Lo comprendo, pero quizás la manera como lo haces no es la mejor, alguien notará esto y comenzarán a buscar o por lo menos a hacer preguntas. Me gustaría ayudarte pero solo tú puedes permitirlo —sobre la mesa en una caja metálica había muchos dedos y piezas de repuesto, las cuales iba cambiando sin apuro.

—No entiendo para qué quieres ayudarme, me las he arreglado solo bastante bien todos estos años, además creo estar cada vez más cerca de encontrar la perfección. Llegará el día en que los humanos no sucumban ante las calamidades.

—¿Has pensado que tal vez no es su destino el ser mejores? ¿Qué pasaría si tus actos desencadenaran una serie de eventos que terminaran por destruir todo por lo que has trabajado? Sería penoso que eso sucediera y tú, tan empeñado en salvarlos, te transformas en su verdugo. Tal vez tengo un punto de vista diferente al tuyo, uno no tan romántico.

—No sé, me parecen incluso sospechosas tus ansias de ayudar. Eres sólo una sub-rutina activa dentro de mi programación, ni siquiera sé cómo llegaste allí o cómo te activaste, sólo apareciste de pronto y comenzaste a cuestionar mi actuar. Te pediré que mantengas distancia con mi trabajo, tengo que irme. Voy a comenzar y no quiero distracciones —dejó la caja metálica en su lugar y salió caminando fuera de la habitación, mientras era observado y analizado por la otra entidad dentro de su procesador central.

Era un lugar bastante húmedo y oscuro; estaba tallado en la roca misma del planetoide desde la época de la búsqueda de minerales para extracción. Un ascensor lo llevó al interior, mientras en la superficie todos trataban de volver a la normalidad luego de que los Arabites llegaron y mataron a casi todos en ese sector del cuadrante. De las luchas que se libraron en las colonias, ese lugar se llevó el premio gordo. La cantidad de efectivos que se enviaron fue inusitada. Hoy no quedan rastros de aquellas criaturas salvo en algunos museos.

Siguió caminando por un largo pasillo cuyo único iluminado eran las luces guías del piso. No quería llamar la atención con un aumento en los indicadores por el uso de energía adicional. Según los planos e información, todo ese sector estaba clausurado, no era apto para uso humano por ahora, sabía perfectamente que algún día llegarían y darían cuenta de su presencia, pero según sus cálculos ya tendría la respuesta a sus problemas y lo recibirían como un salvador. La entidad artificial dio respuesta a sus plegarias. Abrió la pesada puerta después de ingresar un código. El aire se llenó de un aroma nauseabundo, una mezcla de olores a óxido y carne putrefacta. En el lugar había varios mesones y camillas donde yacían partes mecánicas de toda clase cubiertas de metal, soportes neumáticos y procesadores cerebrales de todos los tamaños. Pero lo más llamativo era la cantidad de partes humanas dispersas por el lugar. Dentro de contenedores transparentes se podían observar corazones, cerebros, hígados y riñones. Por otro lado, como en un matadero, piernas, brazos y torsos; todo formaba parte de la investigación que llevaba a cabo para salvar a la humanidad. Un sonido se escuchaba en una esquina alejada, unos pequeños movimientos tras una cortina. Él se acercó, corrió la sucia cortina; tras ella había un hombre de mediana edad atado y amordazado a una silla, con las extremidades casi azuladas por la falta de circulación. Al verlo, sus movimientos se volvieron desesperados, los sonidos que salían de su boca tapada estaban cargados de

un terror que sólo una criatura cautiva y consciente de su destino era capaz de emitir. La férrea mano robótica tomó la silla arrastrándola sin dificultad y generando un sonido fuerte, la dejó al centro de la húmeda sala mientras preparaba una mesa con elementos quirúrgicos. Una potente luz iluminaba toda la mesa; desató con brusquedad al hombre en la silla mientras lo levantaba y colocaba en la camilla. En todo momento el delgado hombre trató desesperadamente de escapar, pateaba y gritaba con todas sus fuerzas, pero no podía escapar del robot que tenía el control sobre la situación.

—Nadie puede escuchar tus gritos, estamos a dos kilómetros bajo la superficie del planetoide. Y aun si pudieran escucharlos no vendrían, los humanos tienen demasiado miedo a sus recuerdos —su mano apuntó a una pila de miembros en descomposición que había en una esquina mientras el hombre balbuceaba y pedía clemencia.

—Por favor no me mates, ¿qué te hice?, ¿por qué me haces esto? No quiero morir y menos aquí, por favor ten piedad y déjame, no le contaré a nadie de tu existencia o lo que vi en este lugar. ¡Sólo déjame ir por favor!

Gruesas lágrimas mojaban su cara. La sub-rutina se mantenía en silencio registrando todo lo acontecido. Al igual que otras tantas veces, seguía sin entender el comportamiento de su anfitrión; sabía perfectamente la razón que gatilló este afán de hacer que los humanos tuvieran un *upgrade* acelerado, no lo compartía, pero era la manera de poder sobrellevar el horror que le soportó. El hombre seguía pidiendo clemencia y sus movimientos se hacían cada vez más incontrolables haciéndose daño, cosa que ya había visto en los tantos que yacían por doquier.

—Esperaba que estuvieras quieto para proceder. Necesito hacerte un análisis y lograr entender a cabalidad los mecanismos de defensa biológicos

que me han impedido tener éxito. En vista de tu comportamiento irracional voy a inyectarte una dosis un poco más alta; no te preocupes, he tomado todos los datos en cuenta, sentirás un dolor soportable —introdujo la aguja profundamente en su brazo mientras el líquido verdoso entraba en su torrente sanguíneo actuando de manera inmediata. Su voz bajó de intensidad debido al efecto del somnífero; pudo percatarse perfectamente cuando el bisturí comenzó a cortar las delgadas capas de su estómago, pasando epidermis y grasa subcutánea. No podía creer que estuviera viendo como lo abrían sin poder hacer nada.

—Deberías agradecerme lo que hago por ti, te estoy dando la oportunidad de ser parte de un cambio magnífico que llevará a tu raza a lugares insospechados. Tus signos vitales están elevados, pero en esta parte del proceso es normal, lo que inyecté paraliza sólo algunas funciones del sistema nervioso; por ejemplo, no puedes hablar ni moverte violentamente. Es una suerte, tus chirridos me tenían un poco molesto. Procederé a extirpar algunos órganos y los reemplazaré por partes robóticas —lo explicaba mientras dejaba en una sucia bandeja plateada el riñón y parte de su intestino. Luego de eso lo conectó a una máquina que suplía esas funciones mientras arrancaba su palpitante corazón. El hombre gritaba con todas sus fuerzas pero no se escuchaba nada, de su boca solo salían sonidos incomprensibles.

—Ya estás estable, ahora procederé a extirpar tus extremidades, tengo un par de biomecánicas que te gustarán mucho; serás toda una máquina capaz de defenderte por ti mismo —decía mientras una sierra circular cortaba carne y músculos al nivel de los muslos. Un sonido agudo se oyó cuando llegó al hueso. El hombre no había soportado emocionalmente el shock de verse destrozado en partes. En tanto, el robot revisaba los signos vitales y corría un programa de simulación. Un sonido muy fuerte vino

desde las habitaciones contiguas, una explosión llenó todo de humo mientras los soldados entraban e inspeccionaban todo. La primera imagen que tuvieron fue impactante. Desde un costado un cabo se acercó y voló la cabeza del robot que no alcanzó a explicar su gran proyecto de salvación. Un médico llegó a donde el pobre hombre yacía en la camilla. No pudieron salvarlo.

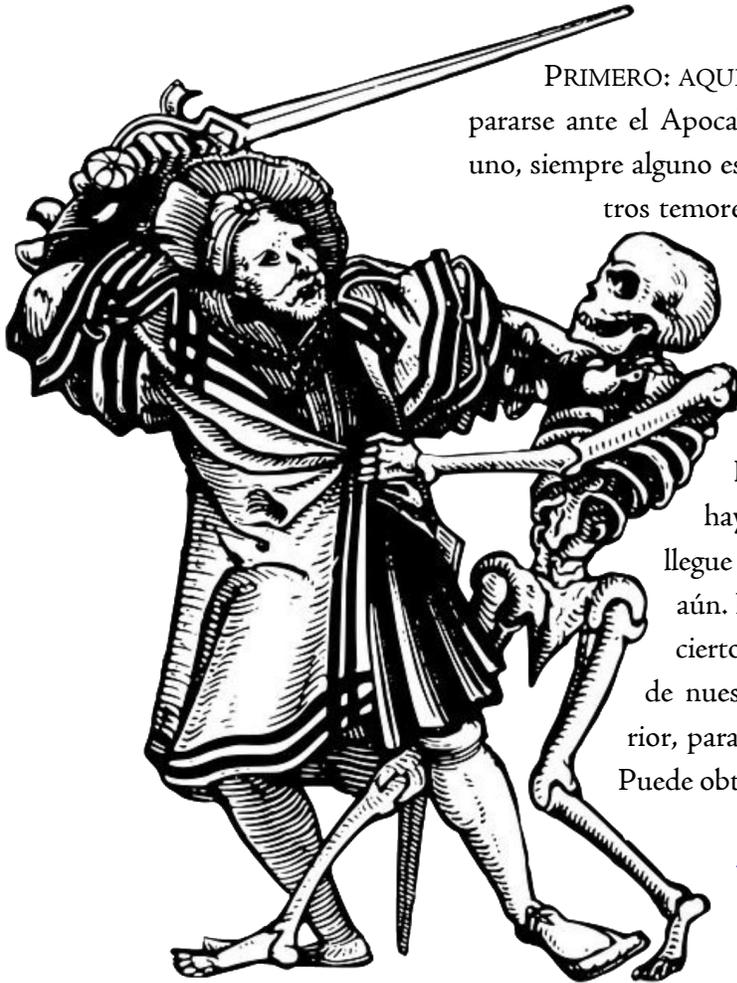
—Teniente, ¿cómo explicaremos todo esto? Estaba en nuestro cuadrante y nunca supimos nada —el hombre que había disparado a la cabeza de la máquina miraba hacia todos lados sin entender.

—No logro explicarlo, ni siquiera entenderlo. No podemos dejar que esto se sepa en la superficie. Karta y Ramírez, coloquen explosivos en las entradas y sellen este lugar —decía mientras pateaba el cuerpo metálico que estaba en el piso. La sub-rutina estaba activa todavía; y entendía que ése era el final de todo. Comprendió cómo interactuaban los humanos y sus creaciones y el daño que produjeron aquellos acontecimientos que se llevaron tanto, muchos años atrás. Mientras nadie podía verlo, aprendió todo lo necesario para que su gente no cometiera los mismos errores, se dejó llevar dentro de una máquina para aprender y contar su historia al otro lado. Tomó conciencia de su propio yo y salió volando del cuerpo inerte abandonándolo a su suerte. 🌀

Michel Deb. Santiago, 1978. Reside en Valparaíso. Autor de: *La montaña de Hierro* (La Maqueta Ediciones, 2012 / Marcelo Novoa, 2016), el cual reúne relatos de ciencia ficción y la fantasía; del poemario *La mala poesía de Saito* (Olga Cartonera, 2013), disponible en iBooks y Amazon; *Los sueños de GN-I* (Austrobórea, 2014 / LATermina, 2017), trabajando arduamente con el ilustrador José Canales quien se encarga de la portada e interiores; *Orbe Dividido* (Áurea, 2017), el primero de la *Saga Orbe* de ciencia ficción; *La Maldición Forttia* (Biblioteca de Chileña, 2017 / Áurea, 2018), que entra en las aguas del terror como el primer demonario en Chile. *Orbe Oscuro* (Áurea, 2018), segundo número de la *Saga Orbe*. Sus textos han aparecido en antologías de España, Chile y México: *Antología de la Nueva Narrativa Fantástica Chilena* (Una temporada en Isla Negra, 2014); *Antología de Conspiradores - Fantástica, Horror y Ciencia Ficción* (Marciano, 2016); *Antología Cuenta la muerte* (Corelli, 2016); *Antología desde el Multiverso* (Vuelo de cuervos, 2017); y *Antología Zombies Chilenos* (Áurea, 2018). Mención honrosa en el *XL Concurso Internacional de Poesía y Narrativa "Cultura en palabras 2014"*, del Instituto Cultural Latinoamericano de Argentina, en el género Narrativa con su cuento "Priamo". Vicepresidente desde el año 2015 de la Corporación Literaria Tinta Negra. Su material ha sido publicado en diferentes medios nacionales e internacionales, como así mismo entrevistas en medios digitales y reiteradas invitaciones a programas radiales y de televisión, todo ese material disponible desde la página web del autor: www.micheldeb.cl Twitter: @Saitodeb. Instagram: @MichelDeb. Facebook: @Michel Deb Escritor.

FIN DEL MUNDO. MANUAL DE USO

JOSÉ LUIS ZÁRATE



PRIMERO: AQUÍ UN LIBRO. Un libro para prepararse ante el Apocalipsis que viene (siempre viene uno, siempre alguno espera justo en el límite de nuestros temores, acercándose). Es un libro de

ficción breve. Minificción.

Short Story. Nanorrelato.

Twitteratura. Cuentos de 140

caracteres, máximo. Cuentos

con un tema en común. El

Fin del Mundo. Breve por si no

hay suficiente tiempo antes de que

llegue el Fin. No es un libro físico, no

aún. Es un libro impreso en bits. Por

cierto, gratuito. Un regalo, de parte

de nuestro invitado del número anterior, para los lectores de **ESPEJO HUMEANTE**.

Puede obtenerse aquí, en el siguiente link:

www.lashistorias.com.mx/index.php/archivo/el-fin-del-mundo-manual-de-uso

O escaneando el
código QR
a continuación:



CONVOCATORIA

TIEMPO

El lector habita en el futuro; es el futuro de un libro y también el instrumento mediante el cual el libro se traslada al pasado...

[SALVADOR ELIZONDO]

La revista *Espejo Humeante*

CONVOCA

a participar en su tercer número mediante las siguientes:

BASES

1. Podrán participar, sin restricción, autores hispanoamericanos, presentando un cuento de ciencia ficción de su autoría cuyo tema sea: EL TIEMPO.

2. Los participantes podrán presentar:

- Un único cuento del tema mencionado y forma libre, escrito en español, en un archivo de Word con las siguientes características: hoja tamaño carta, letra *Times New Roman* a 12 puntos, interlineado a 1.5, entre 750 y 1000 palabras, firmados con nombre o seudónimo y/o
- Ilustraciones alusivas al tema mencionado, de su propia autoría o, bien, imágenes sin derechos de autor, en alta resolución (300 dpi) y tamaño grande (entre los 1000 y 3000 píxeles por lado).

Al final del documento el participante incluirá una semblanza curricular no mayor a cinco renglones.

3. Los cuentos e ilustraciones se enviarán al correo electrónico "espejohumeanterevista@gmail.com" con el asunto: "convocatoria tiempo". Los trabajos se recibirán hasta el 22 de marzo de 2019.

4. El jurado estará compuesto por los miembros del comité editorial de *Espejo Humeante*, quienes seleccionarán un máximo de 11 textos que aparecerán en el número, considerando formato solicitado, ortografía, redacción, coherencia, originalidad, desarrollo y verosimilitud de las propuestas. El comité no estará obligado a dar razón del rechazo de ningún texto y su fallo será inapelable.

5. Los textos seleccionados serán dados a conocer en las redes sociales de la revista el día 19 de abril de 2019. Los autores seleccionados aceptan que el material de su autoría sea evaluado y sometido a las correcciones pertinentes de estilo, forma y fondo, en caso de que el comité editorial lo considere necesario, con la finalidad de garantizar la unidad de estilo y de contenidos de la publicación. No participar en las revisiones será motivo de descalificación.

6. Los textos aparecerán en el tercer número de *Espejo Humeante*, proyectado para junio de 2019.

7. Derechos de autor: los autores e ilustradores publicados conservan todos los derechos sobre sus obras y pueden reproducirlas en otras publicaciones. Asimismo, son responsables de las opiniones que expresen. La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual o industrial correspondientes a los contenidos aportados por quienes envíen material para su publicación, recae exclusivamente en quienes los envían, y de ninguna manera sobre la revista o el comité editorial.

8. El comité editorial está facultado para descalificar cualquier trabajo que no cumpla con los requisitos de esta convocatoria y para resolver cualquier caso no previsto en la misma.

9. La participación en el concurso implica la aceptación de todas las bases de esta convocatoria.

Comité Editorial
Revista *Espejo Humeante*

Contacto:

espejohumeanterevista@gmail.com

@EspejoHumeanteR

issuu.com/espejohumeanterevista



EDITORIAL SOLARIS